

# EXIGENCIA MORAL DEL AMOR UNA LECTURA ÉTICA DE “LAS MORADAS DEL CASTILLO INTERIOR” DE SANTA TERESA DE JESÚS

## *Moral Demands from Love. An Ethical Reading of Theresa of Avila's Dwelling Places in the Interior Castle*

HERNANDO ALZATE\*

### **Resumen:**

Teresa es una mujer de deseos infinitos como infinita es su capacidad de amar. Teresa ama “locamente a Dios” y “Dios ama locamente a Teresa”. Es la experiencia del amor de Dios y éste traducido en amor al prójimo lo que causa en Teresa un cambio radical en su vida, una reorientación de su pensar, sentir y obrar. “Sin amor todo es nada” será la sentencia de Teresa y es una constatación que hace en su propia vida. Por eso, cuando el ser humano ama de esa manera, tiene que operarse un cambio radical en él y éste debe afectar todos sus comportamientos y las fibras más profundas de su ser. La praxis del amor cristiano es la raíz de donde brota el obrar recto del ser humano y es la mejor manifestación de su “constitución divina” y la única manera de alcanzar las cumbres de la santidad mediante la práctica del amor a Dios y al Prójimo o del amor al prójimo en cuanto es manifestación clara del amor a Dios.

**Palabras clave:** Teología Moral – Teología Espiritual – Santa Teresa – Teología – Escritos de los Santos.

\* Licenciado en Teología Moral por la Universidad Pontificia Lateranense de Roma y por la Academia Alfonsiana; Magister en Bioética por la Universidad Complutense de Madrid; Doctor en Teología Moral por la Universidad Pontificia Comillas de Madrid y por el Instituto Superior de Ciencias Morales. Actualmente trabaja como profesor investigador en el Instituto de Espiritualidad de la Universidad Pontificia Bolivariana y como catedrático de la Facultad de Teología de la misma Universidad.

Artículo recibido el día 02 de mayo de 2007 y aprobado por el Consejo de Editorial día 25 de septiembre de 2007.

Dirección del autor: lhara33@hotmail.com

## Abstract:

Theresa is a woman filled with desires as infinite as her capacity of love. Theresa has “a foolish love for God” and God “is mad of love for Theresa”. This loving experience of love for God translated by her in love for her neighbors makes a radical change in her life, a new frame of thinking, feeling and acting. “Without love there is nothing” would be Theresa’s motto and she felt that throughout all her life. When a human being loves in this way, there should be a radical change and this would affect all behavior and the heart’s core of this person. The praxis of Christian love is the root from which springs out the right behavior and the best manifestation of “the work of God” in a human being. The only way to reach the heights of holiness is through the practice of loving God and our neighbors.

**Key words:** Moral Theology - Spiritual Theology – Saint Theresa – Theology – Writings of the Saints.

## INTRODUCCIÓN

Tanto en el Nuevo Testamento como en la Tradición cristiana, se recogen un conjunto de enseñanzas y de prácticas que nos están revelando un espíritu, una opción moral vivida, fuente de la posterior sistematización. Y es precisamente esta alma de la vida moral, expresada por la ley del amor, lo que a primera vista no parece reflejar la gran mayoría de nuestros tratados de moral. Brota la impresión de que existe una notable diferencia de perspectiva entre lo que ellas exponen y la revelación moral del Evangelio.

En su vuelta a los limpios orígenes de la vida, el místico acusa más dolorosamente que nadie esa ausencia del amor y se empeña en gigantescos esfuerzos por restituirle su primordial significado. La experiencia del místico nos recuerda que la esencia de la “Buena Nueva” consiste en que Dios es Amor y en que ya no somos simplemente sus criaturas o participaciones, sino que somos sus hijos, llamados en el Hijo a la comunión con el Padre; comunión que se realiza en el amor.

Jesucristo nos revela esto principalmente: que somos hijos de la familia divina<sup>1</sup>, hijos que pueden llamar “Padre” a su Dios<sup>2</sup>, poseídos como se hallan por el mismo Espíritu que Él<sup>3</sup>, habitados por la Trinidad<sup>4</sup>, porque son algo del Cristo total como lo son los

<sup>1</sup> Mt 28, 3; Rm 8, 15.

<sup>2</sup> Gal 4, 6; Mt 6, 9.

<sup>3</sup> Ef 4, 4.

<sup>4</sup> Jn 14, 23.

Exigencia moral del amor. Una lectura ética de "las moradas del castillo interior" de Santa Teresa de Jesús

miembros de un cuerpo<sup>5</sup>. El recurso a Cristo es inevitable. Él es el amor. Una persona que lo ha vivido y expresado en el lenguaje de los hombres, pero en la comunión con la fuente de todo amor que es Dios Padre. En Jesús se da la síntesis definitiva y única de la doble vertiente del amor: su dimensión teológica, su origen divino y también su meta; y, por otra parte, su traducción humana, visible y encarnada, próxima y vibrante.

Teresa de Jesús lo ha experimentado profundamente: Cristo es la definición del amor, y el camino y el modelo. Él es la expresión definitiva y última del amor del Padre, vivió su vida entre nosotros como una aventura de amor que remite a otro amor y funda todo amor. En esta clave hay que leer la vida de Cristo y dejarse iluminar por ella. De lo contrario nos resultará indescifrable y, en consecuencia, la nuestra también será un enigma. Así lo expresa la mística doctora: "Siempre que se piense de Cristo nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene"<sup>6</sup>. Ahí radica fundamentalmente la importancia del amor: por eso nunca puede imponerse como ley sino como gratuidad; y esa es precisamente la novedad del Evangelio.

La vida moral debe reproducir por consiguiente en el cristiano la actitud amorosa de Jesucristo. Ya que si es verdad que tenemos que amar como ama el mismo Dios y si no reviste nuestra actividad su sentido cristiano más que traduciendo ese amor demasiado grande para nuestra capacidad de criaturas, es necesario, sin duda alguna, que se rompan nuestros límites para dar cabida al amor grande de Dios.

## **A. EXIGENCIA MORAL DEL AMOR**

### **I. Experiencia teresiana del amor**

La adopción por parte de Teresa de Ahumada del nuevo nombre "Teresa de Jesús" responde al proceso de madurez afectivo-espiritual del que su reforma fue el fruto. Este proceso tuvo precisamente en su impronta evangélica una línea conductora, hasta el punto de que se puede decir que su evolución hacia la madurez afectivo-espiritual, fue, en realidad, un proceso de identificación Cristológica fundamentado en el amor.

Es el amor una de las más importantes claves interpretativas de Teresa, tanto en la vertiente de la naturaleza como de la gracia. Es el amor el hilo en el que se entrelazan todos los recuerdos, el rostro con que se le presentan todas las personas. El amor le resulta fácil. Teresa es supremamente afectiva; su trato con las personas es tan profundo como rápido y permanente.

<sup>5</sup> I Cor 12, 27.

<sup>6</sup> *Libro de la vida* 22, 14. En adelante V.

En todos los casos mantiene la suficiente lucidez como para saber lo que debería ser su amor a los otros, dar y exigir a los amigos. Teresa despierta amor a su paso y simultáneamente es despertada a la amistad, con intensidad y pasión. La necesidad de entablar contacto afectivo la lleva a un constante estar activa y ocupada fuera de sí misma; a un vivir en "los otros" y a unirse al ambiente con cariñoso afecto. Esto implica en un carácter extrovertido como el de Teresa, una reacción incesante a nivel sensitivo, un participar en las alegrías y en las penas de los demás, un "convivir" y "convivirse"; una sensibilidad apasionada que se manifiesta en agradecida correspondencia a la más leve muestra de simpatía o cariño por parte del prójimo: "*Bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida; debe ser natural, que con una sardina que me den, me sobornarán*"<sup>7</sup>.

El amor tal como lo vivió Teresa de Jesús, a través de su corazón de mujer, demuestra que en el amor a Dios y al prójimo se resumen todas las cosas y que es sólo éste el que le da valor a las mismas.

### **1.1. Amor al hombre por el hombre**

Manteniéndonos en línea de valoraciones generales encontramos dos pasajes en Vida suficientemente elocuentes y precisos en este sentido. Sus relaciones con el clérigo de Becedas le dan pie para descubrirnos la tendencia de su ser hacia el otro: "*Le quería mucho; que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida y tener ley a quien me quería*"<sup>8</sup>.

Hacia el final del relato autobiográfico, para advertirnos del poder liberador de las visiones de Cristo, volverá a levantarnos el velo de su naturaleza tan fuertemente sensible al requerimiento del amor: "*Como empezaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él*"<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> Cartas 256 a la M. María de San José, Ávila, principios de septiembre de 1578. En adelante Cta.

<sup>8</sup> V 5, 4. Recordemos que el encuentro de Teresa con el clérigo de Becedas se produce cuando Teresa acude a este pueblo con el ánimo de ser sanada por la "curandera de Becedas". Su verdadero problema salió a relucir, una vez más, en el encuentro con el sacerdote a quien tomó por confesor, ignorando por completo el verdadero estado de alma de éste, pero en quien surgió un cálido afecto por ella. "No fue la afición de éste mala; más de demasiada afición venía a no ser buena... y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición. Y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado, con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho" (V 5, 4).

<sup>9</sup> V 37, 4.

No podemos dudar que cuando escribía estas líneas rememoraba aquellos años borrascosos de la Encarnación<sup>10</sup>, "aquellas amistades"<sup>11</sup> que fueron la amenaza mayor que se cernió sobre la vida de Teresa. El amor era su fuerza y su debilidad. En el campo del amor cobran todo su significado las palabras que escribe a su amiga María de San José: "*Bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida; debe ser natural, que con una sardina que me den me sobornarán*"<sup>12</sup>. Teresa no necesita mucho para rendirse al amor.

El amor la tenía cautiva y desde la altura de sus cincuenta años, así ve su situación y en estos términos se expresa: "*Teníanme atada [las cosas] del mundo*"<sup>13</sup>; "*no andaba el espíritu señor, sino esclavo*"<sup>14</sup>; "*harto perdida tenía mi alma*"<sup>15</sup>.

Ésta es una fina descripción de la fuerte angustia que la atenazaba, a punto ya de verse desatada como fruto y coronamiento de sus ingentes esfuerzos y, sobre todo, de su radical cambio en el planteamiento de su pelea: "*Deseaba vivir -que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte-y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar, tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tomado a Sí y yo dejádole*"<sup>16</sup>.

Teresa se descubría esclava, no vivía inconscientemente su problema. No sólo se sentía cautiva sino que también experimentaba su impotencia de liberación. Todos sus esfuerzos, sus determinaciones parecían insuficientes para acabar con dicha situación: "*Ya yo misma lo había procurado [romper con aquellas amistades peligrosas]*"<sup>17</sup>; "*buscaba remedio, hacía diligencias...*"<sup>18</sup>.

Con este cansancio metido en el alma llegó Teresa hasta alrededor de los cuarenta años. Una experiencia dolorosa, larga, a la postre beneficiosa para su espíritu y también para su magisterio. Cuando a sus hijas les hable de "esotras aficiones bajas que le tienen usurpado el nombre [al amor]"<sup>19</sup>, de esos "quereres de por acá desastrados"<sup>20</sup>; del amor a la criatura "que no merece el nombre de amor, porque se funda en nonada"<sup>21</sup>, se volcarán

<sup>10</sup> V 2, 6.

<sup>11</sup> V 7, 6.

<sup>12</sup> Cta 256. A la Madre María de San José. Sevilla. Principios de septiembre de 1578.

<sup>13</sup> V 7, 17.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> V 37, 4.

<sup>16</sup> V 8, 13.

<sup>17</sup> V 24, 9.

<sup>18</sup> V 8, 13.

<sup>19</sup> *Camino de Perfección*. 6, 7. En adelante C.

<sup>20</sup> C 7, 1.

<sup>21</sup> C 40, 7.

sobre su pluma los penosos años en los que la experiencia de su esclavitud e impotencia de liberación iba a derivar en la experiencia de la libertad que se le otorga, del Amor liberador que irrumpe en su vida poniendo en pie a la nueva Teresa, la de Jesús.

## 1.2. Amor del hombre por Dios

La dura experiencia de la esclavitud se desmoronó un día transcurrido en oración intensa, dejando paso a la experiencia gozosa de la liberación: *"Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles"*<sup>22</sup>. Con cierta radicalidad declarará más tarde a este propósito: *Pues si amamos acá a las criaturas, dicen ser imposible, y que mientras más jhacen por encubrirlo, más se descubre, siendo cosa tan baja que no merece nombre de amor, poruqe se funda en nonada". Y continúa: "¡Oh, válgame Dios, qué cosa tan diferente debe ser el un amor del otro [el de Dios y el de las criaturas] a quien lo ha probado!*<sup>23</sup>.

A decir verdad, estas frases nos chocan a primera vista; ya que parecen desconocer toda la riqueza del amor humano. Sin embargo, resulta evidente que Teresa habla, fundada en su propia experiencia, del amor de las criaturas aparte del de Dios, que siempre acaba por dejarnos con nuestra sed, a nivel de necesidad.

A partir de esta experiencia y conocimiento de Dios como "Amigo verdadero", ella se siente liberada de un tipo de relaciones en las que se perdía a sí misma. "Una vez salida de los egoísmos y del amor captativo de su adolescencia psicológica, la mujer, orientada normalmente hacia el ofrecimiento de sí misma, se siente hambrienta de entregarse a una tarea a la que otras se han comprometido. En Teresa de Jesús podemos discernir esta evolución"<sup>24</sup>.

Las palabras escuchadas le llegaban desde dentro con ímpetu y ternura. La sumieron en el temor y la bañaron a la vez en el consuelo. Teresa traduce existencialmente su experiencia cuando afirma: *"Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad... Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien había querido en aquel momento.... Ya aquí me dio el Señor libertad y fuerzas para ponerlo por obra"*<sup>25</sup>.

Esta conversión no es en manera alguna ruptura con los hombres, sino con el modo de acercarse a ellos. Podríamos decir, sencillamente, que no hay ruptura con el amor, sino encuentro con lo que estaba más allá de los sucedáneos del amor en los que se había quedado Teresa. La vida que aquí inicia Teresa y que cierra en una noche

<sup>22</sup> V 24, 7.

<sup>23</sup> C 40, 7.

<sup>24</sup> DENEUVILLE, D. *Teresa de Jesús y la mujer*, Herder, Barcelona 1966, 172.

<sup>25</sup> V 24, 8-9.

fría del otoño en Alba de Tormes será la mejor prueba. El encuentro con los hombres lo empieza verdaderamente ahora, al filo de los cuarenta años, cuando llega la palabra y la experiencia liberadoras del Señor poniendo en sus manos el don de la libertad y la fuerza para "obrar" la libertad y vivir dinámicamente en ella.

Sin embargo, Teresa necesitará la fuerte emoción afectiva ante la imagen del *Ecce homo*, un Cristo "muy llagado", para su conversión<sup>26</sup>, confirmada y profundizada por el libro de *Las Confesiones de San Agustín*<sup>27</sup>, para liberar su corazón del mundo de sus afectos excesivos y centrarse, también en plan afectivo, en Dios. Ella misma confiesa que este desarrollo hacia la madurez afectiva y espiritual fue el fruto de la gracia, "la misericordia de Dios", experimentada, esta vez, como muestra de amistad y fidelidad divina.

La palabra libertad viene constantemente a la pluma de Teresa para expresar el cambio que se opera en su vida: "En un punto me dio libertad"<sup>28</sup>. Así vuelve a decir cuando refiere las visiones de la Humanidad de Cristo que, por lo mismo que polarizan en Él sus hambres de amor, la liberan de la atracción que ejercían las personas que le caían en gracia o que "gobiernan mi alma". Advierte el temor de sus confesores a que se "atare" a ellos porque "les mostraba gracia". Dios la ha liberado: "*Con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen [Cristo] que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto...*"<sup>29</sup>.

La libertad va en aumento; el "amigo verdadero" en torno al que gravita, le da "señorío". Ya no vive pendiente del amor que otros le dan -no hay en los hombres "seguridad"-, sino de quien nunca falta y ha colmado y desbordado sus exigencias y necesidad de ser amada: "*Me parece he recibido de nuevo, a lo que entiendo mayor libertad...*" *Los hombres no tienen consistencia. Son "unos palillos de romero seco" que no ofrecen seguridad. Así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos a la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero y hállome con esto con un señorío...*<sup>30</sup>.

Para Teresa la liberación es una potenciación de su capacidad de amar. En 1563 vuelve a escribir que ha quedado atrás ese deseo de "ser amiga de que me quisieren bien". "Ya no se me da nada". Consta que se encuentra en el polo opuesto, "antes me parece en parte me cansa"; sin olvidarse de dejar constancia de la excepción: "*Salvo con los que trato mi alma o yo pienso aprovechar, que los unos porque me sufran y los otros porque con más afición crean lo que les digo de la vanidad que es todo, querría me la tuviesen*"<sup>31</sup>.

<sup>26</sup> V 9, 1-3.

<sup>27</sup> V 9, 7-8.

<sup>28</sup> V 24, 10.

<sup>29</sup> V 37, 4.

<sup>30</sup> *Cuentas de conciencia* 3, 1. En adelante CC.

<sup>31</sup> CC 3, 2.

Esta salvedad que hace Teresa al respecto conviene destacarla: no es que propiamente haya eliminado su fuerte tendencia natural a ser amada. Lo que pasa es que la ha reducido y centrado en Dios y en lo que de Dios puede dar y recibir de los hombres. Sigue alimentando el de ser amada para mejor ser escuchada, para ser mejor recibida, tanto por quien tiene que darle luz y suministrarle verdad, como por aquel a quien se acercará ella para decir: "la vanidad que es todo". Es decir, quiere todavía ser querida para ser creída en la Verdad que llena su vida de Dios.

Crear en el amor que Él nos tiene, saberse amada, es la experiencia cumbre que transforma la vida de Teresa definitivamente. Esta vida en compañía de Dios señal del desposorio con él, trasladará el centro de gravedad de su vida espiritual, y por tanto de su vida afectiva, hacia la experiencia de la amistad con Dios. La oración interior le ha llevado a activar sus más profundas fuerzas anímicas y le ha hecho volver a su base vital. Ha llegado el fin de su inquieto reaccionar a nivel positivo y de la dominante ligadura afectiva a su "mundo": *"Nunca más yo he podido asentar en amistad -escribe concluyendo- no tener consolación ni amor particular, sino a personas que entiendo la tienen a Dios y le procuran servir... Si no entiendo esto, u es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie"*<sup>32</sup>.

Éste será un punto sobre el que llamará la atención de sus descalzas y nos brinda un ejemplo de aplicación matizada de un principio:

No es ya tiempo, hermanas, de juegos de niños, que no parecen otra cosa estas amistades del mundo aunque sean buenas..., ni con deudos ni nadie, si no fuere yendo fundados en un gran fin y provecho de aquel ánima. Que puede acaecer para que os escuche..., una verdad y la admita, haber de disponerle con estas pláticas y muestras de amor -que a la sensualidad siempre contentan-; y acaecerá tener en más una palabra buena -que así la llaman- y disponer más que muchas de Dios, para que después éstas quepan; y así, yendo con esta advertencia de aprovechar, no las quito. Mas si no es para esto, ningún provecho pueden traer y podrían hacer daño sin entenderlo vosotras<sup>33</sup>.

Su contacto con Dios como "Amigo verdadero" determina ahora su trato con sus semejantes, su amor y también sus preferencias. Su amistad tiene un punto de referencia, que supera su propio "yo" afectivo, pero no por eso deja de ser humana. Leyendo sus escritos, y más en particular sus cartas, de los años que siguen a la "batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo", uno llega a convencerse de que su amor está impregnado de humanidad. Doña Teresa de Ahumada -como era conocida en la Encarnación-, se ha hecho Teresa de Jesús.

<sup>32</sup> V 24, 8.

<sup>33</sup> V 16, 7.

No puede lograrse más precisión, más firmeza ni más equilibrio entre la dimensión divina del amor humano, afirmado vivencialmente en la propia existencia y perseguido siempre en nuestras relaciones con el prójimo, y la traducción humana que puede recogerlo para hacerlo llegar, sin deformaciones ni claudicaciones, con nitidez al destinatario de turno.

La pedagogía humanista y humanísima de Teresa alcanza en esta página su máxima altura. Asegurada la personal y radical afirmación de que nuestra verdad es Dios, nuestra pertenencia a Él; sentado el otro extremo con idéntica firmeza y radicalidad: dar y ofrecer a Dios a nuestro prójimo, queda justificado el comportamiento humano, el recurso a las "pláticas y muestras de amor -que a la sensualidad siempre contentan- ". El amor es siempre el mejor camino para admitir la "verdad".

Cuando el hombre no está afincado en Dios, corre el riesgo de fabricarse un amor a su medida; es decir, hace crecer su yo y afina sus exigencias de satisfacción y complacencia hasta límites increíbles. De Teresa son estas palabras: *Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia católica. Estas son las señales del amor*<sup>34</sup>.

Sobre la misma idea ya dejó dicho en el *Libro de la Vida* más incisivamente: *"Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternura -que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos-, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. Recibir más me parece a mí eso que no dar nosotros nada*"<sup>35</sup>.

El amor no es compulsación del propio gusto, sino decidida determinación de amar y atender a los otros; presencia dadivosa al prójimo, no egoísta actitud receptiva ante nadie. Contra ello se revela Teresa: "Digo que merece este nombre de amor; que esotras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre"<sup>36</sup>.

Lo que intentó hacer Teresa fue lavarle la cara y el corazón al amor y presentarlo libre de toda contaminación. Su natural y espontánea apertura a los hombres y a las cosas que le rodeaban y su inclinación afectiva, hacían que su vida psíquica estuviera pendiente del mundo exterior; de tal modo que, a pesar de su gran fuerza de voluntad, no estaba en situación de renunciar por largo tiempo al contacto con su "mundo", sus

<sup>34</sup> 4 *Moradas* I, 7. En adelante *M*.

<sup>35</sup> V II, 14.

<sup>36</sup> C 6, 7.

amigos y conocidos abulenses, con la consiguiente discordia consigo misma y que ella denominaba: "esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo"<sup>37</sup>.

Esta ambivalente actitud y la problemática de la vida espiritual de Teresa de Ahumada han sido descritas también en términos de un "desarraigo vital": "*Teresa ha querido emprender su vuelo directamente desde los brazos horizontales de la cruz, brazos de actividad y convivencia amistosa. Pero se hallará obligada a descender al pie de la cruz para empezar desde allí la subida mística*"<sup>38</sup>.

Vamos a recoger brevemente su pensamiento en este campo, como premisa para entrar de lleno en el estudio de su mensaje teológico.

### 1.3. Primacía del amor

Podemos empezar haciendo memoria de algunos textos claves que aparecen en el libro de las *Moradas* en donde Teresa enfatiza y encarece la importancia del amor al prójimo. Así escribe: "*Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría se os olvidase*"<sup>39</sup>. Ya en las *5M* dirá enfáticamente: "*Si entendiéseis lo que nos importa esta virtud, no traeríais otro estudio*"<sup>40</sup>.

En *Camino de perfección*, a parte de que inicia con la caridad la exposición de las cosas tan necesarias para los que pretenden llevar camino de contemplación<sup>41</sup>, introduce su estudio de la siguiente manera: "*Cuanto a la primera, que es amarnos mucho unas a otras, va muy mucho; porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman... Y si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás*"<sup>42</sup>.

<sup>37</sup> V 8, 3. El "mundo" del que habla Teresa tanto en su autobiografía y al que ella -a raíz de su ingreso en el convento carmelita de la Encarnación- pretende renunciar, considerándolo como el polo opuesto a Dios, no es tanto la realidad terrena, sino más bien su propio mundo; esto es, su "mundo" psíquico de reacciones y contactos afectivos que ella se ha creado con su fuerte capacidad para la "entrega" y su poder de atracción femenina. De hecho, este "mundo" que ella piensa haber dejado detrás de sí, a la puerta del convento, lo lleva dentro de sí y entra con ella misma hasta el fondo de su celda del monasterio de la Encarnación. Su "mundo" es el producto de la disposición extrovertida, que mantiene intacta sus más profundas fuerzas anímicas y le hace vivir fuera de sí misma, en los demás. Por una parte trata, con su fuerza de voluntad -que es muy grande-, de prescindir de su corporeidad, refugiándose en el sistema pedagógico claustral, de impronta más bien intelectual; por la otra se ve entorpecida en su pretendido vuelo hacia el reino del espíritu por esta constante tendencia interior a vivir fuera de sí misma, en su "mundo", en los demás.

<sup>38</sup> SINNIGE-BREED, A. "Evolución normal y unitaria del "yo" teresiano a la luz de su vida interior", en *Revista de Espiritualidad* 22 (1963), 248.

<sup>39</sup> *IM* 2, 18.

<sup>40</sup> *5M* 3, 10.

<sup>41</sup> *C* 4, 3.

<sup>42</sup> *C* 4, 5.

Teresa explicita con agudeza su pensamiento: Dios es el destino del hombre y estamos llamados a la unión con su voluntad:

Toda la pretensión de quien comienza oración... ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda hacer su voluntad conformar con la de Dios...; estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual<sup>43</sup>. Pero, ¿qué pensáis, hijas, que es su voluntad? Responde en dos momentos: en primer lugar que seamos del todo perfectas, que seamos unos con Él y con el Padre; y en segundo lugar, conversión al amor: Acá solas estas dos cosas que nos pide el Señor; amor de su Majestad y del prójimo; guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidas con Él<sup>44</sup>.

El amor compendia la voluntad de Dios en relación con el hombre. La vocación del hombre, por tanto, es el amor y en la medida en que ama, se realiza. En la experiencia del amor el recurso a Cristo es inevitable ya que Él es el mismo amor. Teresa de Jesús lo ha experimentado hasta la saciedad: Cristo es la definición del amor. Cristo nos ama porque sabe que así cumple la voluntad de su Padre: *"Como sabe la cumple [la voluntad de su Padre] con amarnos como a Sí, así andaba a buscar cómo cumplir con mayor cumplimiento -aunque fuese a su costa- este mandamiento"*<sup>45</sup>.

El amor de Cristo llega al extremo: hacerse esclavo de todos y terminar muriendo muerte tan penosa de cruz para que no pudiéramos dudar de su amor. Al Padre se dirige Teresa con esta oración de una asombrosa profundidad teológica:

¡Oh Señor Eterno!, ¿cómo aceptáis tal petición, cómo lo consentís? No miréis su amor, que a trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Es vuestro de mirar, Señor mío, ya que a vuestro hijo no se le pone cosa delante. ¿Por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa?, ¿por qué calla a todo, y no sabe hablar por sí, sino por nosotros?... Esto os enterezca el corazón, hijas mías, para amar a vuestro Esposo, que no hay esclavo que de buena gana diga que lo es, y que el buen Jesús parece se honra de ello<sup>46</sup>.

Notemos la conexión que hace nuevamente entre "hacer cumplidamente" la voluntad de su Padre y "hacer por nosotros". Este texto teresiano revela un claro y nítido carácter de esclavitud, de sometimiento a nosotros, por lo mismo que está

<sup>43</sup> 2M 1, 8.

<sup>44</sup> 5M 3, 7.

<sup>45</sup> C 33, 3.

<sup>46</sup> *Ibid.*, 4.

sometido a la voluntad del Padre. Jesús es quien “nunca tornó por Sí”<sup>47</sup>. El que parece se honra en ser esclavo nuestro. Al final del libro de las Moradas, Teresa nos ofrece esta recia síntesis: “¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien -señalados con su hierro que es la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad- les pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced”<sup>48</sup>.

Cristo pone el amor en sus justos términos: esclavo de todos, da la vida para que los demás la tengan. El amor es cruz, y es muerte. Esta lo autentifica y lo hace cristiano y redentor. La cruz es el precio del amor: “No penséis que no ha de costar algo y que os lo habéis de hallar hecho. Mirad lo que le costó a nuestro Esposo el amor nos tuvo, que por librarnos de la muerte la murió tan penosa como muerte de cruz”<sup>49</sup>.

Todo amor auténtico o, mejor dicho, el amor cristiano es un amor crucificado: un amor que denota entrega y generosidad. Cristo, el Crucificado, se alza ante nuestros ojos como la definición del amor. En Cristo se agotan todas las posibilidades del amor:

*¡Si le faltara algo por hacer para contentaros! Mas todo lo hizo cumplido<sup>50</sup>. No le ha quedado por hacer ninguna cosa<sup>51</sup>. Cristo se eleva, pues, ante nosotros como fuerza y camino del amor. En él se nos ha dado el amor y el camino para lograrlo: No ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo que nos enseñase el camino<sup>52</sup>.*

La teología del amor que descubrimos en las obras de Teresa puede decirse que es una mirada penetrante de Cristo. No hay más amor que el suyo. El nuestro, o es una prolongación del mismo o se convierte en burda caricatura. Por dos veces en plena exposición del amor perfecto evoca la figura de Jesús: “¡Oh precioso amor, que va imitando al capitán del amor, Jesús, nuestro bien!”<sup>53</sup>; “Se parece y va imitando este amor al que nos tuvo el buen amador Jesús”<sup>54</sup>.

El amor, que “es bueno nos tengamos unos a otros”, es imitación del amor que nos tuvo el buen Jesús. Hablar del amor es hablar de la Persona entrañable de Jesús.

<sup>47</sup> C 35, 3.

<sup>48</sup> 7M 4, 9.

<sup>49</sup> 5M 3, 12.

<sup>50</sup> C 3, 8.

<sup>51</sup> C 35, 3.

<sup>52</sup> 5M 3, 7.

<sup>53</sup> C 6, 9.

<sup>54</sup> C 7, 4.

## 2. EL AMOR DIVINO

En la vida y en los escritos de Santa Teresa el amor es tema que se desdobra en dos aspectos fundamentales: la afectividad amorosa, y el amor teologal, que en ella adquiere fuerza especial dentro de la experiencia mística. Uno y otro muy vinculados entre sí de tal manera que no se podría entender el uno sin el otro.

En los primeros capítulos del *Camino de perfección*, donde Teresa hace el planteamiento del camino de oración como ejercicio de amor, se lamenta -ante los males de la cristiandad y que bien pueden ser los nuestros- de que el amor de Dios "sea tenido en tan poco". Y hace esta emotiva oración al Padre:

¡Oh Padre eterno! Mirad que no son de olvidar tantos azotes e injurias y tan gravísimos tormentos. Pues, criador mío, ¿cómo pueden sufrir una entrañas tan amorosas como las vuestras que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo y por más contentaros a Vos (que mandasteis nos amase) sea tenido en tan poco como hoy tienen esos herejes el Santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas deshaciendo las iglesias? ¡Si le faltara algo por hacer para contentaros! Mas todo lo hizo cumplido. No bastaba, Padre eterno, que no tuvo adonde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en tantos trabajos, sino que ahora las que tiene para convidar sus amigos (por vernos flacos y saber que es menester que los que han de trabajar se sustenten de tal manjar) se las quiten? ¿Ya no había pagado bastantísimamente por el pecado de Adán? ¿Siempre que tornamos a pecar lo ha de pagar este amantísimo Cordero? No lo permitáis, Emperador mío. Apláquese ya Vuestra Majestad. No miréis a los pecados nuestros, sino a que nos redimió vuestro sacratísimo Hijo...<sup>55</sup>.

Origen de todo amor es el amor de Dios manifestado de manera admirable en la persona de Cristo Jesús. Es lo que Teresa va comprendiendo en la medida en que lo experimenta y por eso, buscará afanosamente plena identificación con Dios en la persona del Crucificado. El amor en su más alto grado se caracteriza por una identificación plena con la fuente, origen y autor del mismo. Así pues la simple razón nos mostraría a Dios como el ser que ama su propia plenitud. El amor es en Dios directo, simple, progresivo, es impulso que no tropieza con límites de ningún género. Incluso es imposible aplicar estrictamente a Dios la expresión "salir de sí mismo", ya que es una expresión que está suponiendo límites que es preciso franquear. No se sale de lo infinito. Ni repliegue sobre sí mismo, ni salir de sí; el amor divino se nos aparece como la simple y serena difusión de una fuente totalmente luminosa y generosa hasta lo infinito.

Teresa de Jesús vive arraigada en las fuentes mismas del amor, que descubre tempranamente en su vida y al que se entrega enteramente, después de haber librado

<sup>55</sup> C 3, 8.

una larga lucha con otros amores que esclavizaban su corazón. En el descubrimiento del “Dios Amor” encuentra la libertad que buscaba y la fuerza para amar a Dios amando a los hombres. Llega así a una admirable síntesis entre el amor a Dios y al prójimo, propuesta por Jesús como el mandamiento principal<sup>56</sup>.

Cuando Dios crea manifiesta un amor totalmente gratuito, ya que existe con anterioridad al hombre, y produce por otra parte la misma capacidad de amar de éste último sin posibilidad de enriquecimiento para el Creador; Dios se vuelca gratuitamente sobre el hombre: “*Si no conocemos qué recibimos, no despertamos a amar*”<sup>57</sup>. Es la norma suprema de la pedagogía cristiana, porque “*es imposible -conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer- tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios*” y quien “*no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene*”<sup>58</sup>.

Teresa habla particularmente de esta iniciativa absoluta del amor de Dios en el capítulo décimo de la *Vida*, que hace de eslabón entre el hecho de su conversión y el pequeño tratado sobre los grados de oración. De esta forma quiere dar a entender cuál es la raíz del verdadero amor y el camino para afianzarse en él. Comienza diciendo lo “mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace”<sup>59</sup>. Y especifica:

Lo mucho que hizo por nosotros, su pasión con tan grandes dolores, su vida tan afligida;... sus obras, su grandeza, lo que nos ama<sup>60</sup>. Es cosa muy clara que amamos más a una persona cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace... [Así] es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser y que nos crió de nada y que nos sustenta y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven<sup>61</sup>.

Esta visión no puede despertar la imagen de un Dios egoísta, contemplado como una soledad. No se puede dar desorden alguno en el amor de sí mismo, en Dios que es el único necesario, y que no puede ser amado más que de una manera infinita. Jesucristo ha venido a revelarnos algo totalmente nuevo sobre el amor de Dios. No sólo tiene Dios amor sino que es “Amor”<sup>62</sup>. Jesús nos dirá y nos enseñará en qué consiste el amor de Dios<sup>63</sup>, con su vida y su muerte. Y todo esto es algo que brota de la maravilla que nos reveló sobre el ser (existencial) del amor.

<sup>56</sup> Mt 22, 34-40.

<sup>57</sup> V 10, 4.

<sup>58</sup> V 10, 6.

<sup>59</sup> V 10. Tit.

<sup>60</sup> V 10, 2.

<sup>61</sup> V 10, 5.

<sup>62</sup> Jn 4, 8.

<sup>63</sup> Jn 15, 13.

## 2.1. Centralidad del amor de cristo: un amor crucificado

En Teresa de Jesús la centralidad del amor de Cristo es entendible únicamente en relación con su humanidad. Así exhorta a acordarse vivamente del amor de Cristo como despertador de todo amor, como manifestador del amor del Padre:

Siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene; que amor saca amor. Y aunque sea muy a los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar; porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dénsle Su Majestad –pues sabe lo mucho que nos conviene- por el que Él nos tuvo y por su glorioso Hijo, a quien tan a su costa nos le mostró<sup>64</sup>.

Para que este amor se comunique, hay que hacerle sitio en el propio corazón, liberándolo de toda afección: *"iDonosa manera de buscar amor de Dios!... Tenemos nuestras afecciones y luego le queremos a manos llenas"*<sup>65</sup>. *"No plega a Vuestra Majestad que cosa de tanto precio como vuestro amor se de a gente que os sirve sólo por gustos"*<sup>66</sup>.

La conformidad a Cristo -y, más allá, a la voluntad del Padre- es una conformidad de cruz y muerte. El Padre ha continuado en los suyos, y continúa, la economía inaugurada en Cristo: introduce en el misterio del dolor según el amor del hombre. No tenemos que elegir, sino aceptar: *"Si hubiésemos de andar a escoger los trabajos que queremos y dejar los otros, no sería imitar a nuestro Esposo que con sentir tanto la oración del huerto su pasión, el remate era "fiat voluntas tua". Esta voluntad hemos menester hacer siempre, y haga Él lo que quisiere de nosotros"*<sup>67</sup>.

El dolor, la renuncia, se asume por lo mismo que se asume a Cristo como persona a quien nos unimos por el amor. Constatamos, entonces, que desde la experiencia teresiana, el objeto y el maestro del amor es Jesucristo, y desde él ascendemos al Padre y descendemos a los hombres. El amor engloba la creación entera. Su centro es Jesucristo, en cuyo fondo se encuentra la divinidad; Cristo nos conduce al misterio Trinitario.

Además de realidad y misterio, la cruz es para Teresa una lección de vida y una actitud constante de entrega y de generosidad a favor de los otros, vivida y expresada

<sup>64</sup> V 22, 14.

<sup>65</sup> V 11, 3.

<sup>66</sup> V 11, 12.

<sup>67</sup> Cta 287 a María de San José, 22 de julio de 1579; 3.

de mil maneras. De donde “ayudar a Cristo a llevar la cruz” es a la vez la célula germinal de la mística de la cruz y la mejor “señal” del cristiano: identificación con Aquél que va en delantera. Así lo expresa la Santa en uno de sus poemas: “*Ofrezcámonos de veras/a morir por Cristo todas,/y en las celestiales bodas,/estaremos placenteras./Sigamos estas banderas:/pues Cristo va en delantera,/...*”<sup>68</sup>.

Cuando Teresa propone esta consigna de “ayudar a Cristo a llevar la cruz”, advierte a quien se aventure por este camino, que será válida para todo el camino espiritual; es decir, será componente fundamental de toda su vida de seguimiento de Cristo: “*Ayúdele a llevar la cruz, y piense que toda su vida vivió [Cristo] en ella, y no quiera acá su reino... Y así se determine, aunque para toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la cruz*”<sup>69</sup>.

Es sintomática la expresión de la santa al afirmar que “Cristo vivió toda su vida en la cruz”. Perfectamente podemos decir -desde la experiencia teresiana- que si la vida de Cristo fue total dedicación a los demás amándolos hasta el extremo, la vida de quien pretende seguirle no será diferente y terminará, junto con su maestro, en la cruz. Equivale a decir que tanto el buen Jesús como su discípulo permanecen siempre “amando”, unidos por la cruz: “*Su Majestad le juntará [nuestro sacrificio] con el que hizo en la cruz..., aunque sean pequeñas las obras*”<sup>70</sup>.

En *Camino de perfección* Teresa habla duramente a la monja “que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieran muy puesta en razón”<sup>71</sup>. La razón de este reproche estriba en que si no “cargamos con la cruz” de Cristo, es decir, si no amamos a la manera de Cristo, cae por tierra el sentido esencial de la alianza, del desposorio, de la comunión plena con el Crucificado. Así, tanto el dolor como la renuncia se asumen por lo mismo que se asume a Cristo como persona a quien nos unimos por el amor: “*Es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor como han de ir, por sólo servir a su Cristo crucificado*”<sup>72</sup>.

Se elige a un Cristo crucificado, un hombre cuyo camino fue éste porque fue el camino del amor. De lo que se trata es de penetrar en lo hondo del misterio de la cruz, culmen del proceso de abajamiento del Verbo Encarnado y consumación de su obra redentora. Muerte por amor y dolor; dolor y amor que se compenetrán. No sólo en la pasión de Jesús sino en la capacidad de compartir su cruz por parte de sus seguidores: “*Estos son sus dones [los de Dios]: da conforme al amor que nos tiene. Al que*

<sup>68</sup> Poesía 29: para una profesión.

<sup>69</sup> V 11, 10.

<sup>70</sup> 7M 4, 15.

<sup>71</sup> C 13, 1.

<sup>72</sup> 4M 2, 9.

Exigencia moral del amor. Una lectura ética de "las moradas del castillo interior" de Santa Teresa de Jesús

*ama más, da de estos dones más; a los que menos, menos... A quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por Él. Al que amare poco, poco. La medida del poder llevar gran cruz o pequeña es el amor*<sup>73</sup>.

La misma elección del Amor es dolor; en el mismo acto el hombre se abre al Amor y al dolor y en ellos, debe vivir positivamente. No hay posibilidad de separar cuanto en Cristo ha quedado indisolublemente unido: Amor-cruz, Amor-dolor, Amor-renuncia. El que elige renuncia; de esto Teresa deja constancia: *"Quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por gran bien por imitaros en algo. Juntos andemos, Señor, por donde fueres tengo de ir; por donde pasares tengo de pasar. Tomad hijas de aquella cruz; no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque Él no vaya con tanto trabajo"*<sup>74</sup>.

Solamente puede abrazar la cruz quien se deje abrazar y abrasar por el Amor. El camino el padecer es amor compasivo del Crucificado y es comunión son sus dolores al mismo tiempo que sostenemos nuestra debilidad con la fuerza de su presencia.

Desde esa experiencia del misterio de la cruz, en dolor por amor, a Teresa le sobrevienen dos grandes sorpresas. La primera de éstas es que el Crucificado pudiera compartir con ella sus sufrimientos: dárselos como cosa suya, para que los presentara como propios al Padre: *"... lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé, y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia"... Desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia y dame gran alivio*<sup>75</sup>.

Desde esta perspectiva se comprende cómo Teresa presenta los "trabajos" como una prueba del amor del Padre para con sus amigos: *"Yo le digo que le quiere Dios mucho, mi padre, y que va bien a su imitación. Está muy alegre, pues le da de lo que le pide, que son trabajos"*<sup>76</sup>.

Y también atiende a ellos para un buen discernimiento de espíritu. Si los "trabajos" a partir de Cristo, so la prueba con que el Padre equipa a los suyos, tenerlos son una prueba de que vamos por un buen camino y de que estamos amando como él nos ama, es decir, con un amor a su medida: *"Si consideramos el camino que Su Majestad tuvo en esta vida y todos los que sabemos que gozan de su reino, no habrá cosa que más nos alegrase que el padecer, ni la debe haber más segura para asegurar vamos bien en el servicio de Dios"*<sup>77</sup>.

<sup>73</sup> C 32, 7; Cf. 4M 2, 9.

<sup>74</sup> C 26, 6-7.

<sup>75</sup> *Relaciones* 51; Cf. 6M 5, 6: "... estaba muy afligida delante de un crucifijo, considerando que nunca había tenido qué dar a Dios... Díjole el mismo Crucificado, consolándola, que Él le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión, que los tuviese por propios, para ofrecer a su Padre". En adelante R.

<sup>76</sup> Cta 245 al P. Jerónimo Gracián, 9 de agosto de 1578, 14.

<sup>77</sup> Cta 300 a Inés de Nieto, 17 de septiembre de 1579, 3.

La segunda sorpresa, fue el irreprimible deseo de padecer: “no habría cosa que más nos alegrase que el padecer”. Lo normal en el camino de “ayuda al Señor con la cruz”, es que surja el deseo de compartirla con Él y por Él, en la alternancia creciente de amor y dolor. Podemos caer en la tentación de pensar que es sadismo puro, mas, si hemos entendido el pensamiento teresiano, tenemos que afirmar, sin lugar a dudas, que éste [el padecer] es la expresión más genuina del amor y, por lo tanto, la nota más característica de Cristo. Teresa lo documentará por última vez al final del Castillo al describir la situación de quien ha llegado a la última morada: vive ya “*con un deseo de padecer grande, más no de manera que lo inquiete, como solía...*”<sup>78</sup>. Muy en contraste con la conclusión del relato de Vida, donde una de sus oraciones culminantes era: “*Señor, o morir o padecer: no os pido otra cosa*”<sup>79</sup>.

El místico, dada la visión profunda que tiene del misterio, puede muy bien expresar toda la realidad con una parte de la misma. Lo mismo significa para él el misterio de “muerte” que el misterio de “vida nueva” o resurrección; la vocación al amor que la llamada a la cruz; desear ardientemente el sufrimiento, que abrirse con fuerza incontenible al gozo del amor.

Expresiones como estas en las que Teresa identifica cruz-amor, no son expresiones perdidas en los escritos teresianos, sino que son una constante de su vida y de su magisterio. Ella misma nos descubre su voluntad de lanzarse con más gozo a lo que le resulta más difícil:

Creo mientras mayor trabajo fuese que holgaría más de hacer siquiera alguna cosita por este gran Dios que tanto debo<sup>80</sup>. Elegir lo más dificultoso que lo fácil, la cruz que los regalos, es lo propio del amor, afirma Teresa: Préciense de ayudar a llevar a Dios la cruz y no haga presa en los regalos, que es de soldados civiles querer luego el jornal. Sirva de balde como hacen los grandes del rey<sup>81</sup>; Su gusto [de las almas perfectas] es imitar en algo la vida trabajosísima que Cristo vivió<sup>82</sup>; No ha de faltar cruz en esta vida, aunque más hagamos, si somos del bando del Crucificado<sup>83</sup>, y no nos puede caber mejor suerte que a Él ni debemos querer otra distinta a la suya. Por lo demás la que más pudiese padecer, que padezca más por Él, y será la mejor librada. Lo demás, como cosa accesoria, si os lo diere el Señor dadle muchas gracias<sup>84</sup>. En la

<sup>78</sup> 7M 3, 4.

<sup>79</sup> V 40, 20.

<sup>80</sup> Cta 287 al P. Jerónimo Gracián, 10 de junio de 1579, 8.

<sup>81</sup> Cta 433 a Leonor de la Misericordia, mediados de mayo de 1582, 7.

<sup>82</sup> *Conceptos de amor de Dios* 7, 8. En adelante CAD.

<sup>83</sup> Cta 191 al P. Ambrosio Mariano, 9 de mayo de 1577, 8.

<sup>84</sup> 2M 1, 7.

línea del amor, lo primero y más importante será el "padecer", es decir, amar a la manera del Crucificado: Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte murió tan penosa como muerte de cruz<sup>85</sup>.

En ese proceso de inmersión del misterio de la cruz las dos últimas connotaciones serán: la necesidad absoluta de configurarse con el siervo de Yahvé<sup>86</sup>; y la seguridad del valor y dignidad añadidos a los más mínimos actos humanos por la incorporación a la cruz de Jesús:

En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida -y quizá será más poco de lo que cada una piensa- interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras<sup>87</sup>.

## 2.2. La Trinidad: comunión en el amor

En Dios no existe soledad. La vida divina es una sociedad de personas. De esta manera el amor no ha podido subsistir desde toda la eternidad más que en un intercambio de amor. El Padre engendra al Verbo como imagen perfecta de sí mismo, comunicándole la totalidad de la naturaleza divina que posee en su fuente, y sólo este acto de paternidad le distingue de su Hijo. Poseyendo en común el amor que constituye la sustancia de su vida, toda su actividad consiste en hacer proceder de sí mismo el don por excelencia, el amor personificado y en cierto sentido extasiado.

Así pues el amor absoluto, modelo de todos los amores creados, se revela a nuestra fe como la voluntad de una comunión de personas, como una voluntad que desea "al otro" el mismo bien que a sí mismo, de tal suerte que ninguna de las personas quiere guardar para sí misma de una manera exclusiva el bien divino del amor. Decir que el Padre se ama o se glorifica<sup>88</sup> es algo que carece de sentido si no se piensa al mismo tiempo que ama y glorifica por ese mismo acto de amor con que se ama a sí mismo, al Hijo y al Espíritu. Así lo testimonia Teresa:

<sup>85</sup> 5M 3, 12.

<sup>86</sup> 7M 4, 8.

<sup>87</sup> 7M 4, 15.

<sup>88</sup> Jn 12, 28.

Lo que a mí se me representó, son tres personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí. Y después he pensado que sólo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí, ¿cómo decimos que todas tres son una esencia, y lo creemos y es muy gran verdad y por ella moriría yo mil muertes? En todas tres Personas no hay más de un querer y un poder y un señorío, de manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de cuantas criaturas hay es sólo un Criador. ¿Podría el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo; así que es un solo Dios todopoderoso, y todas tres Personas una Majestad. ¿Podría uno amar al Padre sin querer al Hijo y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare a la una de estas tres Personas divinas, contenta a todas tres, y quien la ofendiere, lo mismo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y adonde está el uno están todas tres, que no se pueden dividir. ¿Pues cómo vemos que están divisos tres Personas, y cómo tomó carne humana el Hijo y no el Padre ni el Espíritu Santo? Esto no lo entendí yo; los teólogos lo saben...<sup>89</sup>.

Lo que nos está revelando la experiencia teresiana es que la fuente de donde mana todo amor no es otra que la Trinidad Santa; las tres Personas amándose y comunicándose a los hombres; procurando así la transformación y la santidad del mismo<sup>90</sup>.

Santa Teresa capta esencialmente la comunión entre las divinas Personas como comunicación de vida y de amor, en la que ella participa; es la merced que cada una de estas personas le hacen<sup>91</sup>. La experiencia teresiana nos descubre una vez más que éste es el núcleo de la vida cristiana: la vida de amor que se nos da como participación del misterio trinitario, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, y que se concretiza en la filiación adoptiva del Padre. Es, además, una invitación a reflexionar sobre el misterio y a dejarnos invadir por él, no desde la simple especulación teológica sino desde la vida, desde las categorías histórico salvíficas de la revelación.

Y es que no hay otro acceso a la Trinidad en sí más que a través de su manifestación en la historia de la salvación. Es, sin más, lo que testimonia la experiencia y la doctrina teresianas. Resulta, por demás, significativo el testimonio de la santa al afirmar que es la Trinidad la que hace posible el encendimiento de la caridad en el alma: "*Cada una de estas personas me hacían merced: la una en la caridad y en padecer con contento, en sentir una caridad con encendimiento en el alma*"<sup>92</sup>.

<sup>89</sup> R 33.

<sup>90</sup> A este propósito nos viene bien recordar aquí uno de los poemas de San Juan de la Cruz en el que hace explícita alusión a este misterio: ¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche!... [Obras completas, EDE, Madrid 19935, 76].

<sup>91</sup> R 16.

<sup>92</sup> R 16.

El Espíritu Santo no es algo distinto del amor. Es el amor como actividad subsistente del Padre y del Hijo considerados como unidos en una única actividad. Es, por consiguiente, una actividad subsistente de comunión. De esta manera cada persona no tiene de propio más que aquello que la hace relativa a las otras dos: la paternidad, la filiación, el amor. Así, pues, el amor en la Trinidad es totalmente gratuito. Las profundidades que nos muestra el misterio trinitario sobre la naturaleza del amor como comunión de personas en la estricta unidad de una naturaleza, ha hecho exclamar a un gran pensador cristiano:

Amarse a sí mismo, amando sinceramente a otro; darse y multiplicarse con este don; verse otro en sí mismo y verse a sí mismo en otro; no estar solitario en manera alguna; y estar solo; unir y abrazarse, aun distinguiéndose; tener todo en común sin por ello confundir nada, y permanecer siendo dos, para fundirse sin cesar como en un todo único y en un único ser..., ¡he ahí el grito natural del corazón!<sup>93</sup>.

¡De qué manera más maravillosa se halla realizada la comunión en el amor, de un modo que ni siquiera hubiéramos podido imaginar, de tal suerte supera nuestras posibilidades humanas de concebir y de imaginar, cuanto hubiéramos deseado de más perfecto y de más generoso en nuestros amores humanos! La unidad es perfecta y, sin embargo, las personas seguimos siendo distintas entre sí de suerte que la unidad no equivale en manera alguna a confusión; así pues es inconcebible una comunión más profunda que esta.

Gratuidad entera del amor: egoísmo imposible ya que se puede amar al objeto del amor con una entrega absoluta e infinita y, por otra parte, ningún repliegue sobre sí mismo es concebible, ninguna duplicidad, en esta simplicidad de plenitud. Y, sin embargo, el don total que hace cada persona a las demás de cuanto ella posee de absoluto, no despoja la persona donante de lo que dona, ya que no puede desprenderse de lo que constituye su sustancia: el amor. Esta realidad del amor es común e indivisa: "*Estas Personas se aman y comunican y se conocen*"<sup>94</sup>.

Jamás hubiera podido la inteligencia humana inventar semejante doctrina del amor. E incluso después de la revelación, el modo propio de la Trinidad y del amor en Dios, sigue siendo para nosotros un misterio en sentido estricto. Misterio únicamente descifrable -podríamos decir- en la medida en que nos atrevamos a amar a la manera como Dios nos ama, a la manera como ama la Trinidad misma: "*No hay más de un querer y un poder y un señorío..., un solo Dios todopoderoso, y todas tres Personas una Majestad*"<sup>95</sup>.

<sup>93</sup> BLONDEL, M. *L' action*, París 1893, 254.

<sup>94</sup> R 33.

<sup>95</sup> *Ibid.*

La vida y la experiencia del místico nos ayudan a recuperar el verdadero sentido del amor, a devolverle su verdadero puesto, que es total, en nuestra vida del espíritu y del corazón.

### 3. BALANCE

El misterio del amor se reduce al misterio del ser y de la unidad. Es así como el amor que tenemos a Dios es más constitutivo de nuestro propio ser que el mismo amor que nos tenemos a nosotros mismos. O, si se quiere, el amor que nos tenemos no es más que participación del amor que tenemos a Dios. De una manera recíproca, teniendo en cuenta que nuestro mismo ser es una participación del Ser de Dios, nuestro amor será una participación del amor que Dios nos tiene. Es comprensible, entonces, el esfuerzo de Teresa por hacer que esta experiencia del amor sea central en su vida puesto que al fin y al cabo es el posibilitador de la unión con Dios y también con el prójimo.

Nuestro amor humano es también de una manera necesaria un esfuerzo de unión con los demás hombres, y esta exigencia esta inscrita en su misma ontología. Es inconcebible también que no tenga el amor humano una relación constitutiva con todos los seres que participan de la misma humanidad. Fuerza de unidad y de unión con nosotros y con Dios, es también el amor principio de comunión con todos los seres.

El amor como realizador de la persona se convierte en exigencia y en actitud de vida. Se convierte en el mejor catalizador de nuestro ser en Dios. Para Teresa de Jesús, la capacidad de amar mide la grandeza del hombre, su capacidad de entrega y de generosidad y lo más importante: la manera más noble y más segura de identificación del bautizado con la persona de Jesucristo.

### B. PRAXIS DEL AMOR

El amor se afirma como el “mandamiento nuevo”<sup>96</sup>, como una transformación de vida o *metanoia*<sup>97</sup> frente a un mundo que se hunde en el egoísmo. Consecuentemente, debería invadir toda la vida moral del cristiano a manera de un fermento<sup>98</sup> o de un alma nueva. La invitación que hace Teresa de Jesús es la de dejarnos perfeccionar por el amor o, mejor dicho, la de buscar la perfección cristiana en la perfección del amor: “La perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas”<sup>99</sup>.

<sup>96</sup> Jn 13, 34.

<sup>97</sup> Mt 4, 17.

<sup>98</sup> Mt 13, 33.

<sup>99</sup> *IM* 2, 17.

El amor es lo absoluto, lo demás es relativo; el amor es la meta y todo los demás son medios. Todo se subordina al amor; el amor no se somete a nada. La vocación del hombre es el amor y amando se realiza. Se hace necesario reconocer explícitamente al amor en la formulación de la teología moral la misma función vital que ejerce en la realidad de la vida cristiana y en la revelación de Cristo: no un papel que debiera de desempeñar paralelamente a otras realidades morales, sino un papel de "alma", de "animación", que se ejerce en un plano más profundo que todo acto o virtud determinada.

La finalidad, por consiguiente, de este apartado está en hacer ver que toda la moral está unida a un amor, es decir, en descubrir en cada una de sus manifestaciones un bien, "un valor" digno de ser amado y fruto a su vez de un amor activo. Para alcanzar tal objetivo nos valemos de la experiencia arrebatadora de Teresa de Jesús, experta en amor de Dios y del prójimo.

Podemos preguntarnos desde ahora si no es el amor el "valor" propio de la teología moral cristiana y, curiosamente, del que ha carecido a lo largo de casi toda su historia.

En este apartado nos proponemos examinar el amor desde la experiencia teresiana en su vertiente práxica.

## I. EL AMOR HECHO VIDA

Teniendo en cuenta que la actividad fundamental de todo hombre es realizar o vivir la unidad en el amor que le es propia, todo amor no será otra cosa que la tendencia activa hacia esta misma unidad, expresada y vivida en el ejercicio de la caridad: "... *grandísima caridad [la de Beatriz Oñez] con los prójimos, de manera que decía que por cada unos se dejaría hacer mil pedazos...*"<sup>100</sup>.

Esta manera de obrar que nos mueve con un deseo de unidad, de suerte que se cumpla en nosotros la voluntad del Padre, nos conduce a una unión cada vez más íntima, no sólo con nosotros mismos, sino también y fundamentalmente con los demás hombres y con Dios: "Guardándolas [amor de Dios y del prójimo] con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él"<sup>101</sup>.

Nuestro amor no es más que la unión activa de un ser cuya unidad no puede encerrarse sobre sí mismo, de un ser abierto esencialmente a lo divino; de un ser que encierra en su existencia una relación actual con Dios, pues "no esta el negocio en tener hábito de religión o no, sino en procurar ejercitar las virtudes y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo"<sup>102</sup>.

<sup>100</sup> *Libro de las fundaciones* 12, 2. En adelante *F*.

<sup>101</sup> *5M* 3, 7.

<sup>102</sup> *3M* 2, 6.

Es preciso que nuestro amor, para que sea un amor auténtico, sea de una manera incluso más profunda un amor de Dios: “Y este amor, hijas mías, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras”<sup>103</sup>.

Es inconcebible, entonces, que este amor de Dios no tenga una manifestación plena en la relación diaria que tenemos con los demás seres humanos y que también gozan de la misma constitución divina y del mismo amor de Dios: “Mas esta fuerza tiene el amor, si es perfecto: que olvidemos nuestro contento por contentar a quien amamos. Y verdaderamente es así...”<sup>104</sup>. Fuerza de unión y de unidad con nosotros y con Dios, es también el amor principio de comunión con todos los seres humanos. Porque si se halla en relación activa y actual con Dios, el hombre que ama siente que en este dirigirse hacia Dios, se ve asociado a todos los seres que como él participan de este mismo amor.

### 1.1. Educación ascética del amor<sup>105</sup>

La Madre Teresa advierte al principiante de oración la importancia que reviste el hecho de “enamorarse” de la Humanidad de Jesús, desde los primeros pasos del camino espiritual: “Puede representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su Sagrada Humanidad y traerle siempre consigo y hablar con Él, pedirle para sus necesidades y quejarse de sus trabajos, alegrarse con Él en sus contentos y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme a sus deseos y necesidad”<sup>106</sup>.

También en Camino de perfección comienza con la consigna de educar el amor. No debemos olvidar que Teresa escribe este libro para “aprendices de vida comunitaria” en el nuevo estilo de la pequeña comunidad de San José. Este aprendizaje deberá comenzar por el amor: “Amor de unas con otras”<sup>107</sup>. Es la primera de las tres virtudes

<sup>103</sup> 3M I, 7.

<sup>104</sup> F 5, 10.

<sup>105</sup> La ascesis cristiana ha sido objeto de revisión en la teología posconciliar. Se ha querido purificarla de residuos extraños para devolverle la primitiva nitidez evangélica. En efecto, Jesús no es un asceta, sino un personaje de vida sobria y normal, que presenta un nuevo rostro de Dios y proclama un nuevo orden en la igualdad fraterna y el servicio mutuo por amor, frente al deseo del poder y del dinero. Esta es la “ascesis” radical de Jesús. Asentada esta premisa, entendemos ahora por ascesis un conjunto de esfuerzos humanos encaminados a cooperar con Dios en la consecución del ideal cristiano, que a través de la historia ha tenido distintas connotaciones. También Santa Teresa vive en un contexto histórico, en el que la ascesis tiene unas características propias. Con todo, su ascesis va a tener unos “matices” muy particulares, tremendamente humanos, nacidos de su vivencia oracional y de su conocido humanismo femenino. De tal manera que el lema fundamental de la ascesis teresiana será: determinada determinación de ayudar a Cristo a llevar su cruz.

<sup>106</sup> V II, 2.

<sup>107</sup> C 4, 4.

o actitudes básicas que les propone. Sin amor no se podrá construir comunidad; por eso la madre les recomienda: "... *aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar...*"<sup>108</sup>.

Es absurdo convivir sin amarse:

Tornando al amarnos unas a otras parece cosa impertinente encomendarlo, porque ¿qué gente hay tan bruta que tratándose siempre y estando en compañía y no habiendo de tener otras conversaciones ni otros tratos ni recreaciones con personas de fuera de casa, y creyendo nos ama Dios y ellas a Él pues por su Majestad lo dejan todo, que no cobre amor? En especial que la virtud siempre convida a ser amada; y ésta, con el favor de Dios, espero en Su Majestad siempre la habrá en las de esta casa. Así que en esto no hay que encomendar mucho, a mi parecer<sup>109</sup>.

El amor fraterno será la base para el amor teologal, ya que la oración no consistirá tanto en pensar mucho cuanto en amar mucho. Por eso desde el primer momento Teresa propone el ideal del "amor puro" o "amor puro espiritual", es decir, de un amor sin egoísmos, un amor al más puro estilo del "Dios Amor" que ha experimentado Teresa. Amor desinteresado y libre, practicado con obras y no sólo con sentimientos. Amor sacrificado, como el de Jesús, verdadero "capitán del amor"<sup>110</sup>.

Teresa insiste en un amor de comunión, al más puro estilo de la Trinidad, alegrándose y condoliéndose con las alegrías y los sufrimientos de los otros<sup>111</sup>. Amor basado no en meras apariencias de belleza y simpatía, sino en valores consistentes, capaces de eternidad:

Paréceme a mí que cuando una persona ha llegádola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo, y qué cosa es mundo, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que lo uno es eterno y lo otro soñado, o qué cosa es amar al Criador o a la criatura..., o ver y probar qué se gana con lo uno y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador y qué cosa es criatura, y otras muchas cosas que el Señor enseña a quien se quiere dar a ser enseñado de él en la oración o a quien Su Majestad quiere, que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí<sup>112</sup>.

<sup>108</sup> C 4, 7.

<sup>109</sup> C 4, 10.

<sup>110</sup> C 6, 9.

<sup>111</sup> C 7, 6-7.

<sup>112</sup> C 6, 3.

Teresa diseña –a partir de su propia experiencia- la silueta del verdadero amante, es decir, del hombre que transformado por la experiencia de Dios, no sabe más que amar a la manera de éste [a la manera de Dios]:

Son estas personas que Dios llega a este estado (al amor puro) almas generosas, almas reales; no se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por mucha gracia que tengan, bien que place a la vista y alaban al Criador; mas para detenerse en ello, no. Digo “detenerse” de manera que por estas cosas les tengan amor; les parecería que aman cosa sin tomo y que se ponen a querer sombra; se correría de sí mismos y no tendrían cara, sin gran afrenta suya, para decir a Dios que le aman<sup>113</sup>.

Esta experiencia del amor se presenta más como puro hito ideal, no por lo irrealizable del mismo -porque ya Teresa lo ha experimentado y nos ha dicho de su posibilidad-, cuanto por nuestra torpe manera de amar. Es un hito flanqueado de escollos concretos, como son: el peligro de los “bandos” que tienden a destruir las relaciones fraternas, la sensiblería, el acaparamiento de afectos ajenos y, por su puesto, la carencia del verdadero amor: “...quiero más que se quieran y amen tiernamente y con regalo, aunque no sea tan perfecto como el amor que queda dicho..., que no que haya un punto de discordia”<sup>114</sup>.

El mensaje teresiano -como lo venimos constatando-, es en el aspecto de la ascética sumamente importante. ¿Qué dirección toma la ascética teresiana? ¿Cuál es su contenido? Nos consta ya de su enfoque cristocéntrico y trinitario, de su fuerte matiz personalista y de la radicalidad con que lo plantea.

Sin duda alguna el bloque de capítulos de Camino de perfección, del 4 al 14, en los que trata “de tres cosas importantes para la vida espiritual:

No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plega al Señor hagamos lo que nuestros santos Padres ordenaron y guardaron, que por este camino merecieron este nombre. Yerro sería buscar otro ni deprenderle de nadie. Solas tres me extenderé en declarar, que son de la misma Constitución, porque importa mucho lo muy mucho que nos va en guardarlas para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente: la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza a todas<sup>115</sup>.

<sup>113</sup> C 6, 4.

<sup>114</sup> *Camino Escarial* 11, 11. En adelante CE.

<sup>115</sup> C 4, 4.

Estas tres cosas que plante la santa apuntan directamente a la cuestión de la reforma del ser en orden a una amistad honda y transformante con el Señor. De momento, nosotros nos fijaremos de manera especial en la experiencia del amor fraterno, no sin olvidar que para Teresa estas "tres cosas" forman una única e indivisible realidad, y que, por tanto, no puede pensarse en la existencia de alguna de ellas separada de las otras: "*No puedo yo entender cómo haya ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad; ni es posible estar estas dos virtudes sin gran desasimiento de todo lo criado*"<sup>116</sup>.

El ser del hombre es el que pide reforma para adecuarlo para lo que se pretende: ser muy amigo de Dios. Teresa se sitúa convenientemente, con gran agudeza, cuando, una vez señalada la finalidad del Carmelo reformado se pregunta: "Qué tales habremos de ser"<sup>117</sup>. La santa no se plantea problemas epidérmicos, muy por el contrario, apunta al ser del hombre, al interior.

## 1.2. Amor del hombre para consigo mismo

Hasta aquí venimos hablando sobre el amor humano del otro como otro, con el cual realiza una comunión de amor con el prójimo. Ahora al hablar del amor del hombre para consigo mismo, lo que pretendemos mostrar es que el amor de sí sanamente entendido y vivido, es un aspecto nada despreciable de verdadera comunión. Solamente podemos amar al otro en cuanto nos amamos a nosotros mismos de manera limpia, es decir, como portadores del amor mismo de Dios que nos está dando continuamente el ser: "*La voluntad se inclina a amar..., especialmente se le pone delante cómo nunca se quita de con él este verdadero Amador, acompañándole, dándole vida y ser*"<sup>118</sup>.

No podemos amarnos más que en cuanto somos o estamos "constituidos" por el Amor; el "Amor" nos ha llamado a la existencia. Ahora bien, nosotros subsistimos esencialmente por una relación con Dios que nos crea continuamente, subsistimos injertados en múltiples relaciones que nos ponen constantemente en contacto con el resto de los seres humanos. El amarnos con semejante constitución [divina] nos impide que nos amemos con exclusivismo y hace que el amor crezca y se multiplique cada vez que amo libre y desinteresadamente a los demás: "... y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer que para aquellos con quien conversa le ayudará Dios, y crece la caridad con ser comunicada..."<sup>119</sup>.

<sup>116</sup> CE 24, 2.

<sup>117</sup> C 4, 1.

<sup>118</sup> 2M 1, 4. Cf. 3M 1, 8; 7M 1, 3; V 10, 5; 40, 5.

<sup>119</sup> V 7, 22. Es notable la apreciación de la santa al afirmar que lo que hace posible que crezca nuestro amor a Dios es la capacidad de amar al prójimo: "... en pago del [amor] que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras" (5M 3, 8).

No podemos amarnos más que con un amor relativo, esencialmente abierto, amor que incluye el amor de Dios y el del prójimo, o también, nuestro amor respecto de nosotros mismos no será absoluto más que en la medida en que capte en nosotros algo "divino", es decir, esa presencia creadora de Dios que nos constituye en el ser<sup>120</sup>. Cuando lleguemos a amar, podremos ver que esta presencia divina se nos hace extraordinariamente próxima, y nos extrañaremos entonces de poder amar con el mismo amor con que Dios nos ama, a manera de una comunión íntima, porque: *"Como he dicho, no acaba de entender el alma las [mercedes] que allí la hace el Señor y con el amor que la va acercando más a Sí"*<sup>121</sup>.

Esta relación íntima con Dios, nos lleva a lograr una identidad con nosotros mismos en cuanto no podemos estar presentes sin estar en la presencia de Dios y de los demás: *"Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni quién está dentro ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo es"*<sup>122</sup>.

Si prescindimos de esta relación, el amor de sí se convierte en egoísmo y, a fin de cuentas, el pecado no es más que una forma larvada de egoísmo: *"Lo primero que hemos de procurar es quitar de nosotras el amor de este cuerpo"*<sup>123</sup>; *si perdéis el amor propio, sentiréis tanto cualquier regalo, que no hayáis miedo ni os quejéis sin causa"*<sup>124</sup>. Y en las *Moradas* llegará a afirmar ¡Oh!, que quedan unos gusanos... un juzgar a los prójimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no los queriendo como a nosotros mismos"<sup>125</sup>.

De ahí que por su misma actitud específica el egoísmo sea el único obstáculo a la comunión; es la oscuridad y el aislamiento introducidos en el luminoso intercambio de amor que forma la trama de todo el universo creado por el mismo amor divino: *"Entenderéis cómo el verdadero amor de Dios... es señor de todos los elementos y del mundo"*<sup>126</sup>.

Si estas observaciones de Teresa son verdaderas, nos vemos en la necesidad de concluir que el amor ordenado de nosotros mismos nos prohíbe amarnos sin que al

<sup>120</sup> V 10, 5; 3M 1, 8.

<sup>121</sup> 4M 2, 8.

<sup>122</sup> 1M 1, 5.

<sup>123</sup> C 10, 5.

<sup>124</sup> C 11, 1.

<sup>125</sup> 5M 3, 6.

<sup>126</sup> C 19, 4.

Exigencia moral del amor. Una lectura ética de "las moradas del castillo interior" de Santa Teresa de Jesús

mismo tiempo amemos a otro distinto de nosotros y que este amor va ordenado a nuestra propia perfección: "*Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo*"<sup>127</sup>.

Amarnos como relacionados con Dios, o como una humilde participación de Dios, es algo que nos hace amar a Dios más que a nosotros mismos en el mismo acto en que nos amamos "*porque también crece el amar mientras más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor*"<sup>128</sup>. Y amarnos como unidos a los demás por una relación necesaria implica que hemos de darles una participación del amor que nos tenemos: "*Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la meditación, y veréis claro el amor que somos obligadas a tener a los prójimos*"<sup>129</sup>.

Amarnos a nosotros mismos sin egoísmo se traduce en la imposibilidad de tomarnos como objeto exclusivo de amor. Es una consecuencia de nuestra participación del amor tal cual se halla éste en la Trinidad donde ninguna Persona puede amarse sin amar a las otras dos: "*Lo que a mí se me representó, son tres personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí... Estas personas se aman y comunican y se conocen...*"<sup>130</sup>.

Debemos amar a nuestro prójimo "como" a nosotros mismos, también en este sentido. Esto hace que el amor del prójimo sea una condición de un amor ordenado de nosotros mismos. Y esto es algo muy digno de consideración en la situación concreta del hombre que somos todos nosotros. Porque si verdad es que tenemos que luchar contra el egoísmo inherente a todo amor no controlado de nosotros mismos, y que sólo el salirnos de nosotros mismos hacia los demás [y hacia Dios] nos libera de hecho del egoísmo, es preciso confesar que el amor de los demás es la mejor forma práctica de amarnos a nosotros mismos: "*Cuando os viereis faltas en esto... creedme que no habéis llegado a unión, y pedid a Nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo*"<sup>131</sup>.

### **1.3. Amor de unos con otros**

La verdadera comunión realizada por el amor humano consiste en hacernos vivir de una manera consciente nuestro amor como una participación real del amor de Dios y en el que descubrimos una semejanza singularísima que da valor a todas nuestras relaciones interpersonales. En efecto, por muy imperfecto que sea el acto de nuestro amor, sigue siendo un paso de auténtica comunión con el otro y con Dios. El amor al otro, es decir, al prójimo es una realidad que está en conexión directa y profunda con el de Dios: "*Acá solas estas dos [cosas] nos pide el Señor: Amor de Su Majestad y*

<sup>127</sup> IM 2, 17.

<sup>128</sup> 6M 11, 1.

<sup>129</sup> C 20, 4.

<sup>130</sup> R 33, 3.

<sup>131</sup> 5M 3, 12.

del prójimo; es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él”<sup>132</sup>.

El ejercicio del amor fraterno es el desarrollo del movimiento divino de la caridad; se nos muestra como un elemento que pertenece a un mismo tiempo a este mundo y a la eternidad, sabiendo que únicamente el amor puede hacer eternas a las personas. El amor es el perfeccionamiento de las realidades divinas, ya que el amor es Dios presente y realizando su presencia en el otro. En este sentido podemos afirmar, junto con Teresa, que el amor se ha cumplido en quien guarda la palabra de Cristo y ama al prójimo con el mismo amor que le ama a éste<sup>133</sup>, y que damos consumado en la unidad<sup>134</sup>.

La praxis de amor al prójimo verifica y acrecienta la autenticidad de la relación con Cristo en Dios. El rostro del “prójimo” –en palabras de E. Levinas aplicables también a la teología teresiana- aporta la dimensión social. La presencia del “otro” determina el “nosotros” y corrige la asimetría de la proximidad: “la dimensión de lo divino se abre a partir del rostro humano... la proximidad del Otro, la proximidad del prójimo, es en el ser un momento ineluctable de la revelación, de una presencia absoluta... No puede haber ningún ‘conocimiento’ de Dios separado de la relación con los hombres. El Otro es el lugar mismo de la verdad metafísica e indispensable en mi relación con Dios; no desempeña el papel de mediador. El Otro no es la encarnación de Dios sino que es precisamente por su rostro, en el que está descarnado, la manifestación de la altura en la que Dios se revela”<sup>135</sup>.

Para Teresa, el amor al otro, junto con el amor a Dios, constituye lo más nuclear de la experiencia cristiana: son pilares fundamentales de la moral. Teresa expresa la necesidad y la grandeza del amor al prójimo cuando escribe: “Si entendiéis lo que importa esta virtud, no traeríais otro estudio”<sup>136</sup>.

La relación con el prójimo descubre las huellas de la trascendencia y, paralelamente, la relación con Dios despierta el amor al prójimo: *Paréceme tengo mucha más piedad de los pobres, que solía. Entiendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos, que, si mirase a mi voluntad les daría lo que traigo vestido. Ningún asco tengo de ellos, aunque los trate o llegue a las manos. Y esto veo es ahora don dado de Dios, que aunque por amor de Él hacía limosna, piedad natural no la tenía. Bien conocida mejoría siento en esto*<sup>137</sup>.

<sup>132</sup> SM 3, 7.

<sup>133</sup> 1Jn 2, 5; 4, 12.17.

<sup>134</sup> Jn 17, 23.

<sup>135</sup> LEVINAS, E. *Totalidad e infinito*, Sígueme, Salamanca 1987, 101-102; Cf. del mismo autor *De Dieu qui vient à l'idée*, Paris 1986, 11 y 91-209.

<sup>136</sup> SM 3, 10; CE 6, 2.

<sup>137</sup> R 2, 4.

El amor al prójimo significa para Teresa adoptar con los demás las mismas actitudes que Jesús tuvo para con sus contemporáneos. Hacer algo por el prójimo es hacérselo a Cristo, como dice el evangelio "dicho por su boca: 'lo que hicisteis por uno de estos pequeñitos, hacéis por mí'<sup>138</sup>. En definitiva es el mismo esquema de comportamiento de Cristo: obediencia al Padre y amor al prójimo, que Teresa intenta reproducir convirtiéndolo en doctrina. Jesús está radicalmente orientado al hombre y le descubre el amor del Padre; por eso podemos decir que el ser humano es esa realidad que tiene su origen en el amor divino y como tal tiende hacia él desde la experiencia del amor al otro; en consecuencia, el objeto central del amor del hombre va dirigido, al igual que el de Dios, a los otros hombres:

¡Oh Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mío, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán<sup>139</sup>.

El Señor es poseído más enteramente cuando se deja de gozar de su compañía y soledad por el servicio al prójimo. Por tanto, la oración en soledad no agota la relación, es más, indispensablemente necesita de la praxis del amor a los demás, porque ella acrecienta la relación interpersonal con Cristo. El amor al prójimo sólo lo será de manera cierta si tiene su origen en Dios. A juicio de Teresa, este amor al prójimo tiene que ser fruto del amor grande de Dios. De esta manera, el amor al prójimo hunde sus más profundas raíces en el amor a Dios: Dios fuente de todo amor. Esto es concluyente: quien no ama al prójimo, no ama al Señor, "quien no le amare no os ama, Señor mío". La santa afirmará rotundamente que la prueba cierta de que amamos a Dios se basa en nuestro amor al otro: "*La más cierta señal que... hay de si guardamos estas dos cosas [amor de Dios y del prójimo] es guardando bien la del amor al prójimo*"<sup>140</sup>.

La unidad substancial del amor a Dios y al prójimo en Cristo evita la tentación, tanto de un falso espiritualismo desencarnado, como de un activismo sin anclaje en su raíz más profunda que es Dios, dualismos estériles que no encontramos en Teresa. De esta manera, la relación dialéctica con Cristo transforma al hombre e incluye desde el principio el amor al prójimo. Este aspecto lo vemos con claridad en el capítulo quinto de *Fundaciones* en donde la santa nos recuerda que la oración se fundamenta en el

<sup>138</sup> F 5, 3. Cita a Mateo 25, 40.

<sup>139</sup> *Exclamaciones* 2, 2. En adelante E.

<sup>140</sup> 5M 3, 8.

amor; y aunque no todas las almas tendrán condiciones naturales para la meditación, sí que están capacitadas para amar:

La sustancia de la perfecta oración es el amor... el aprovechamiento del alma no esta en pensar mucho sino en amar mucho<sup>141</sup>. Obrando el hombre también adquiere el amor: ¿cómo se adquirirá este amor? Determinándose a obrar, y hacerlo cuando se ofreciere... mas entiéndese [el meditar] cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prójimos. Cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan piden tiempo para dejar el que nosotros tanto deseamos dar a Dios<sup>142</sup>.

Al hablar del amor auténtico –el que lleva a la configuración con Cristo Jesús-, la santa distingue dos clases o especies: amor sensible- espiritual y espiritual puro:

De dos maneras de amor quiero yo ahora tratar: uno es puro espiritual, porque ninguna cosa parece le toca la sensualidad ni la ternura de nuestra naturaleza; otro es espiritual y que junta con él nuestra sensualidad y flaqueza. Que esto es lo que hace al caso, estas dos maneras de amarnos sin que intervenga pasión alguna, porque en habiéndola va todo desconcertado este concierto; y sin con templanza y discreción tratamos el amor que tengo dicho, va todo meritorio, porque lo que nos parece sensualidad se torna en virtud...<sup>143</sup>.

Teresa, mujer supremamente afectiva, reconoce que en casi todas las cosas interviene nuestra sensualidad y desde el humanismo que la caracteriza, postula la purificación de ésta más que su erradicación. Por otra parte, ya que Teresa ha situado a Jesús en el centro de su afectividad, no quiere que amemos al prójimo desencarnadamente y sólo de una forma espiritual, porque en los principios esto podría producir un peligroso vacío en nuestro psiquismo y porque además podríamos engañarnos a nosotros mismos pensando que amar al otro consiste en separarse de la carne, de la historia y del tiempo. Nada más contrario a la doctrina de Teresa, mujer humanísima y realista.

Según Teresa, ni siquiera el amor puro espiritual es desencarnado, ya que se realiza al modo del que nos tuvo Cristo, “*amor sin interés como nos lo tuvo Cristo*”<sup>144</sup>. De tal manera que la dimensión espiritual del amor al prójimo le viene dada como fruto del Espíritu: “*el Espíritu Santo, que obre en vuestra voluntad y os ate tan grandísimo amor...*”<sup>145</sup>

<sup>141</sup> F 5, 2.

<sup>142</sup> F 5, 3.

<sup>143</sup> CE 7, 1.

<sup>144</sup> CE 11, 4.

<sup>145</sup> CE 45, 3.

Exigencia moral del amor. Una lectura ética de "las moradas del castillo interior" de Santa Teresa de Jesús

Para amar al prójimo de verdad hay que contemplarlo desde la experiencia del Espíritu que libera todo egoísmo y de todo falso amor o amor contaminado.

También en el amor sensible espiritual las motivaciones tienen que hallarse en una limpia relación con el buen Jesús, capitán del amor. Teresa no elimina la afectividad, no la malogra sino que la transforma o reorienta con grandísima libertad, la profundiza de tal manera que halla sus más hondas raíces en la relación que entabla con la persona de Jesucristo, única verdad posible para Teresa: "*Esto que entendí es darme el Señor a entender que es la misma Verdad*"<sup>146</sup>.

Así se hace el hombre libre: andando totalmente ocupado en amar. Libre es el hombre que vive para los demás en limpieza de amor servicial, sin caer en las garras de un yo terriblemente egoísta: "*¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas...? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor...*"<sup>147</sup>.

El que conoce y ama al Señor "que poco descanso podrá tener si ven que son un poquito de parte para que un alma sola se aproveche y ame más a Dios"; pues "esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos"<sup>148</sup>. Es libre el hombre para quien sólo cuenta servir amorosamente a sus hermanos y a Dios.

Y por eso, el hombre libre olvida todo lo suyo y a sí mismo para servir a los demás: "mirando cómo o por dónde las podáis hacer placer y servir"<sup>149</sup>. El verdadero amor es la capacidad real de servicio, de entrega y de generosidad sin esperar ningún tipo de recompensa más que el mismo amor. Podríamos deducir como proyecto del hombre empeñado en amar al prójimo las palabras con que cierra Teresa el capítulo tercero de las quintas Moradas: "*Forzar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradicción os haga el natural, y procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo*"<sup>150</sup>.

El amor a nuestro prójimo, en cuanto incluye la comunión, hace que demos en esta conciencia una atención, importancia y primacía privilegiada al otro. De ahí que este amor al prójimo se presenta bajo la forma de un salirnos de nuestro yo en lo que tenía éste de exclusivo, de egoísta, de cerrado sobre sí mismo; toma de una manera casi inevitable el matiz de "don de sí", de abandono de este exceso de egocentrismo

<sup>146</sup> V 40, 3.

<sup>147</sup> 7M 4, 14.

<sup>148</sup> F 5, 5 y 10.

<sup>149</sup> 7M 4, 9.

<sup>150</sup> 5M 3, 12.

que revisten nuestras relaciones con el prójimo. A este propósito podemos decir que el verdadero amor al prójimo es como un "éxtasis" que nos hace salir de nuestro yo, tantas veces infecto de egoísmo, para ir al encuentro del otro y servirle en todo momento. El paradigma cristiano es la persona de Cristo que se hizo esclavo nuestro; del mismo modo el hombre en Cristo debe hacerse esclavo de los demás hombres: "*Aquí se ve bien que somos esclavos suyos, vendidos por su amor de nuestra voluntad... Y no es nada si consideramos que Él vino del seno del Padre por obediencia, a hacerse esclavo nuestro...*"<sup>151</sup>.

Este amor al prójimo del que nos habla Teresa se muestra como una abnegación, como un sacrificio de nuestros propios intereses, y a este título, como una gratuidad y un desinterés, que trata de hallar de esta forma, a su manera, la gratuidad divina perfecta: "*Lo más sustancial y agradable a Dios es que nos acordemos de su honra y gloria y nos olvidemos de nosotros mismos y de nuestro provecho y regalo y gusto*"<sup>152</sup>.

El amor de nuestro prójimo constituye el aspecto visible de nuestro amor de Dios y de su encarnación. Siguiendo la doctrina teresiana podemos decir que las realizaciones de nuestro amor para con el prójimo son una manifestación de nuestro amor para con Dios, en el sentido en que el amor a los prójimos es amor que pide obras más encarnadas en la realidad de cada uno, y cuya expresión no es más que la aparición, a un nivel, fácilmente inteligible como encarnado que es, del amor para con Dios: "*Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, nos se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello*"<sup>153</sup>.

Por otra parte, el mismo Dios se ha convertido en nuestro prójimo en Jesucristo, y los hombres son realmente una sola cosa con Jesucristo. Lo que se hace a un cristiano, se hace a Jesucristo, no por comparación, sino realmente. Y como es un amor radical, exige manifestaciones externas, para que pueda creerse en su sinceridad: porque si en efecto es don de todo nuestro ser, debe serlo también de nuestras realizaciones conscientes, de esas realizaciones de las que somos más dueños y responsables. Por eso dice Jesús que el mejor medio de conservar su amor es el de guardar sus mandamientos; y su mandamiento es el de amar al prójimo.

## 2. EXPERIENCIA MÍSTICA Y EXIGENCIA ÉTICA DEL AMOR

Teresa de Jesús participa de alguna manera del movimiento humanista que se decanta por vivir las doctrinas, concebir la vida cristiana como encuentro amoroso y

<sup>151</sup> F 5, 17.

<sup>152</sup> 4M 3, 6.

<sup>153</sup> 5M 3, 11.

<sup>154</sup> ANDRÉS, M. *La teología española en el siglo XVI*, II, Madrid 1976, 42-43.

Exigencia moral del amor. Una lectura ética de "las moradas del castillo interior" de Santa Teresa de Jesús

vital, vivir la experiencia personal; mientras que la teología dogmática ve las cosas de distinto modo, como un cuerpo de verdades universales. No hay que olvidar que el movimiento humanista aceptaba el cristianismo interior pero también tenía una "orientación moralizante y práctica, favorecida por las observancias"<sup>154</sup>.

El tipo de hombre que surge del movimiento de espiritualidad es aquel que busca dentro de sí sin negar la actividad humana, armonizando de esta manera la vida activa con la vida contemplativa. La cima de la mística será, entonces, el olvido de sí, la unión con Dios y la entrega generosa a los demás. Así lo entiende Francisco de Osuna en el tratado 21 del "Tercer Abecedario" y Teresa de Jesús en las "Séptimas Moradas"<sup>155</sup>. El fin será la unión con Dios, y los medios serán los actos y el ejercicio de las virtudes. Al llegar al fin, muchos opinan que los actos ya no son necesarios, para Erasmo son inútiles, para los alumbrados ataduras; otros, en cambio, seguirán pensando que son del todo imprescindibles<sup>156</sup>. Entre aquellos que consideran imprescindibles las obras siempre, en cualquier momento del camino que conduce a la unión con Dios y también después del matrimonio espiritual está santa Teresa<sup>157</sup>.

De manera idéntica que Melquiades Andrés se expresa Domínguez Reboiras citando a Peers, Behn y Karrer: "la mística española es mística del corazón cuyo centro es el amor a Dios y no el conocimiento de Dios... la mística española es militante"... Mística del corazón exige la primacía de la ética, que caracteriza en general el alma española"<sup>158</sup>.

Teresa es consciente de que el amor de Dios envuelve por completo al hombre desde su mismo despertar a la vida. En sus primeros años ya tuvo alguna experiencia de este amor que llegará a ocupar por completo toda su persona<sup>159</sup>. La experiencia teresiana nos va indicando que dentro de la pedagogía divina, Dios va intimando progresivamente con el hombre hasta entablar con él una estrecha amistad. La santa lo expresará bellamente en los siguientes términos y a manera de exclamación: "*¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le vas regalando y sufriendo y esperáis a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras le sufrís vos la suya!*"<sup>160</sup>.

<sup>155</sup> *Ibid.*, 117.

<sup>156</sup> *Ibid.*, 121.

<sup>157</sup> 7M 4, 6: "*Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras*".

<sup>158</sup> DOMÍNGUEZ REBOIRAS, F. "El amor vivo de Dios. Apuntes para una teología de la gracia desde los escritos de Santa Teresa de Jesús", en *Compostellanum* 15 (1970) 18 y 19 (1974) 19.

<sup>159</sup> Cf. V 4, 2-4.

<sup>160</sup> V 8, 6.

Esta experiencia del amor grande de Dios lo traduce Teresa en amor grande hacia el hermano expresado en obras concretas. El amor no exige nada por lo hecho ya que es él mismo su exigencia y su recompensa. Amar "por contentar al amor"<sup>161</sup>, dirá Teresa. Ya que: *"El Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen... Y hará que podamos cada día más y las unirá al sacrificio de la cruz para que tengan el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras"*<sup>162</sup>.

La total configuración y ayuda al crucificado se realiza por la acción. De la persona emana un afán, desconocido hasta entonces [hasta la realización del Matrimonio Espiritual] por ayudar al Crucificado en la salvación del hombre mediante el servicio y la praxis. Una vez lograda la integración y personalización del hombre desde su "centro" quedan rebasados los antiguos dualismos entre contemplación y acción, manteniéndose una dualidad que compagina ambos extremos.

Olvidada completamente de sí, metida en Cristo y Cristo en ella, el alma busca contentar al Esposo, ayudando al Crucificado en la obra redentora mediante la praxis<sup>163</sup>. Las obras, por tanto, son la acción del hombre hacia el exterior, la actividad que realiza una vez transformado en beneficio del prójimo; acción que al igual que le ocurrió al Esposo, va acompañada de sufrimiento: *"Abrazaos, [hermanas], con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí y entended que ésta ha de ser vuestra empresa"*<sup>164</sup>.

Las obras en beneficio tienen valor en cuanto se añaden a los merecimientos de Cristo, ya que no importa tanto la grandeza de la acción como el amor con que se realiza, siempre que la persona ofrezca el acto y la entrega personal como sacrificio que se une al de Cristo<sup>165</sup>. Por lo tanto, las obras adquieren mayor significado cuando van unidas a los merecimientos de Cristo y la persona humana se ofrece en sacrificio al Señor para que, junto al de la cruz, tenga valor conforme a la intención que tuvo la voluntad de amar, aunque el acto fuera pequeño.

La acción de la persona transformada se realiza de dos maneras, a saber:

- A través del amor a los hermanos en cuanto medio para la unión mística con Dios. Amor caracterizado por el servicio. El amor de unas con otras, junto a la

<sup>161</sup> 6M 9, 18.

<sup>162</sup> 7M 4, 18; Cf. E 5: "que sólo amor es el que da valor a todas las cosas..."

<sup>163</sup> 4M 2, 9; 7M 3, 6: "su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado..."

<sup>164</sup> 2M 1, 7; 6M 10, 4: "¡Oh!, pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias, sino que de muy buena gana pasemos por todo".

<sup>165</sup> 7M 4, 15; 2M 1, 11: "Pues nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos a la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer ni hacer obras en su servicio; porque la fe sin ellas y sin ir allegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo, bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? ¿Ni quién nos despertará a amar a este Señor?"

oración será el medio esencial de acción en la vida comunitaria: *"Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande... y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando?"*<sup>166</sup>.

- En un segundo momento, a través del apostolado. El afán que tiene al alma por "allegar" almas a Dios da testimonio de este espíritu de comunión. Teresa tiene una preocupación constante por el apostolado como medio para acercar almas a Dios, para que le honren y alaben: *"Su manjar es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben"*<sup>167</sup>.

Vemos cómo las obras forman parte intrínseca de la relación personal con Cristo. Es más, desde la experiencia teresiana constatamos que la oración encamina al hombre hacia la acción pero, al mismo tiempo, la acción caritativa conduce al encuentro con Dios. De esta afirmación se desprende que nuestras obras o apostolado son tanto más efectivas cuanto nuestra oración sea tanto más profunda e intensa.

En dos personajes bíblicos como son Marta y María encuentra santa Teresa el arquetipo evangélico que combina perfectamente ambos aspectos, es decir, contemplación y acción: *"Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara?"*<sup>168</sup>.

Teresa ha visto con claridad la unidad de amor, a Dios y al prójimo, en la unidad de un "yo" recreado, nuevo, con capacidad de amar sin medida, marcando al mismo tiempo la "fonte" que lo sustenta y alimenta, y la primacía a la hora de su discernimiento: *lo primero será el amor*. El amor divino, el que de Dios viene y a Dios se dirige, es la raíz.

Marta y María simbolizan, respectivamente, la vida activa y contemplativa; la oración [trato amistoso con Dios] y la acción [obrar en nombre del Amor], tanto en la persona individual como en la comunidad:

Y andando con grandes trabajos, que poco después que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejaba de ella, a manera de Marta cuando se quejó de María, y algunas veces la decía que se estaba ella siempre gozando de aquella quietud a su placer, y la deja a ella en tantos trabajos y ocupaciones, que no la puede tener compañía<sup>169</sup>. Pues pensad que es esta Congregación la casa de Santa Marta y que ha de haber de todo; y las que

<sup>166</sup> 7M 4, 14. Justamente eso será "allegar almas a Dios", específico apostolado de la contemplación, apostolado del amor.

<sup>167</sup> 7M 2, 5; 7M 4, 12.

<sup>168</sup> 7M 4, 112. Cf. Mt 10, 38-39.

<sup>169</sup> 7M 1, 10.

fueren llevada por la vida activa, no murmuren a las que mucho se embebieren en la contemplación, pues saben ha de tornar el Señor de ellas, aunque callen, que, por la mayor parte, hace descuidar de sí y de todo<sup>170</sup>.

La experiencia teresiana nos dice que únicamente puede ser creíble un Dios que dinamice a la persona que él mismo ha creado, a “toda” la persona, en la unidad de todas las partes que la conforman, y en todas las direcciones de su ser relacional. En el campo del amor -amor divino – amor humano- , quien se refiere existencialmente al Dios que se nos manifestó en Jesús de Nazaret, validará el “amor divino” al que se abre, el amor fontal, en la traducción “humana” que ofrezca, que incluye la recreación de su ser y las manifestaciones que lo canalicen, tanto cuando se dirige a Dios como cuando tiene por destinatarios a sus prójimos.

La persona vive una dicotomía entre el ser y el actuar que comienza a superarse una vez que el Señor la introduce en las sextas moradas, en las que la persona es enfrentada con la verdad, cuando la voluntad está rendida a Dios y las otras dos potencias [entendimiento y memoria] quedan libres para realizar obras en servicio de Dios y del prójimo:

De esta oración suele proceder un sueño que llaman de las potencias, que ni están absortas ni tan suspensas, que se pueda llamar arrobamiento. Aunque no es del todo unión, algunas veces y aun muchas, entiende el alma que está unida sola la voluntad, y se entiende muy claro; digo claro, a lo que parece. Está empleada toda en Dios, y que ve el alma la falta de poder estar ni obrar en otra cosa; y las otras dos potencias están libres para negocios y obras del servicio de Dios. En fin, andan juntas Marta y María...<sup>171</sup>.

Teresa de Jesús deja claro que en la experiencia del Matrimonio Espiritual se logra superar el dualismo existente, ya que el trabajo previo de María ha hecho posible el llegar a experimentar la contemplación continuada del misterio. María fue antes Marta y mediante el trabajo y sufrimiento accedió a la contemplación:

Decirme heis dos cosas: la una, que dijo que María había escogido la parte mejor. Y es que ya había hecho el oficio de Marta, regalando al Señor en lavarle los pies y limpiarles con sus cabellos. Y ¿pensáis que le sería poca mortificación a una señora como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola, porque no llevaba hervor para entender cómo iba, y entrar adonde nunca había entrado, y después sufrir la murmuración del fariseo y otras muy muchas

<sup>170</sup> C 17, 5; cf. C 17, 6.

<sup>171</sup> R 5, 5.

<sup>172</sup> 7M 4, 13.

que debía sufrir?... Yo os digo, hermanas, que venía "la mejor parte" sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera sino ver a su Maestros tan aborrecido, era intolerable trabajo. Pues los muchos que después pasó en la muerte del Señor y en los años que vivió, en verse ausente de Él, que sería de terrible tormento, se verá que no estaba siempre con regalo de contemplación a los pies del Señor<sup>172</sup>.

Una vez más debemos insistir tanto en la importancia de la acción como consecuencia del encuentro con el Señor, como de la necesidad dialéctica de la praxis para acceder a dicho encuentro. La acción discurre paralelamente a la contemplación a lo largo de todo el itinerario espiritual. La acción que hunde sus raíces en el interior habitado por Dios es la que realmente da fruto imperecedero porque nace del mismo Dios: *Nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María; porque en lo activo y que parece exterior, obra lo interior y cuando las obras activas salen de esta raíz, son admirables y olorosas flores; porque proceden de este árbol de amor de Dios y por sólo Él, sin ningún interés propio, y extiéndese el olor de estas flores para aprovechar a muchos, y es olor que dura, no pasa presto, sino que hace gran operación*<sup>173</sup>.

Concluimos afirmando con Teresa de Jesús, que el amor es siempre lo más necesario en el obrar o, mejor dicho, que sólo el amor "despierta" al obrar; es lo único capaz de aunar oración y apostolado<sup>174</sup>. El amor -dirá Teresa- no puede estar en un ser, o crece o decrece<sup>175</sup>. En la experiencia del matrimonio espiritual ha llegado a su culmen ya que el alma, espiritualizada y dispuesta, se transformó en puro amor, por lo que el alma no puede permanecer inactiva: *"El amor cuando es crecido/no puede estar sin obrar/ni el fuerte sin pelear/por amor de su querido"*<sup>176</sup>.

La configuración con Cristo determina la acción del hombre quien, haciéndose esclavo de los hombres para su redención, señaló el camino a los discípulos por el trabajo y el sufrimiento. Las mercedes concedidas por Dios y la misma oración fortalecen al alma, no para gozar y regalarse en ellas sino para lanzarlo a la acción:

¡Oh hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honra, y que fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma adonde está el Señor tan particularmente. Porque si ella está mucho

<sup>173</sup> CAD 7, 3.

<sup>174</sup> E 5, 2.

<sup>175</sup> 7M 4, 9: "porque ya sabéis que quien no crece, decrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay".

<sup>176</sup> Poesía 21.

<sup>177</sup> 7M 4, 6. "Plega a Su Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos y cómo no es más el siervo que el Señor, y qué hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar para no andar siempre en tentación" (2M 1, 11; Cf. 5M 3, 12).

con Él, como es razón, poco se debe de acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías, de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras<sup>177</sup>.

Teresa insistirá fuertemente en el hecho de que *"las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros"*<sup>178</sup>, y esto lo comprueba ella misma en la práctica cuando experimentó el matrimonio espiritual, *"parece que las palabras que le dijo Su Majestad hicieron efecto de obra"*<sup>179</sup>; una consecuencia para aquellos que aspiren a dicho encuentro y para los que hayan llegado será que *"conformen las obras con los actos y palabras"*<sup>180</sup>. Teresa niega la validez de la palabra sin acto<sup>181</sup>, que equivale, en otro lenguaje, a unificar y conciliar amor a Dios y amor al prójimo probado por obras, es decir, en la praxis amorosa<sup>182</sup>.

De lo visto anteriormente, podemos decir que el hombre queda volcado en una acción exterior mediante la praxis del amor al prójimo y que ésta es consecuencia del encuentro matrimonial y de la relación con el señor desde el comienzo del camino espiritual. Así, la característica teológica esencial de la praxis del creyente consistirá en la configuración con el Esposo, haciéndose esclavo de los hombres como Él lo fue, por amor.

## 2.1. Dimensión divina del amor fraterno

Teresa aterriza en el amor desde el encuentro con la persona divina, concretamente con Cristo-Hombre. El enamoramiento de Cristo sitúa para siempre a Teresa ante sí misma y ante los demás colmando sus capacidades de amar. No es una efusión amorosa sino una constatación íntima que apunta a una vinculación real que abraza a Teresa completamente, espíritu, cuerpo, psicología, afectividad; es una experiencia que la desborda. Cristo se convierte para Teresa en el amigo verdadero y estable: *"Hállome amigo verdadero [a Cristo], y hállome con esto con un señorío que me parece podría resistir a todo el mundo que fuese contra mi, con no me faltar Dios"*<sup>183</sup>.

El encuentro con Cristo libera para amar y señala el inicio de grandes y enriquecedoras amistades en Cristo: *"los que al presente nos amamos en Cristo"*<sup>184</sup>. Sin Cristo, lo más medular del amor teresiano queda en la oscuridad; Cristo y el amor

<sup>178</sup> 7M 2, 7.

<sup>179</sup> 7M 3, 2.

<sup>180</sup> 7M 4, 7.

<sup>181</sup> 7M 4, 8.

<sup>182</sup> 3M 1, 7: "y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras".

<sup>183</sup> R 3, 1.

<sup>184</sup> V 16, 7.

Exigencia moral del amor. Una lectura ética de "las moradas del castillo interior" de Santa Teresa de Jesús

fraterno se postula y exigen mutuamente. Por este motivo Teresa cree que puede hablarse del amor al hermano únicamente desde una irrenunciable vinculación a Cristo. Cristo es la presencia que explica las demás presencias y las hace buenas, es el amor del que reciben valor y alma todos los amores: "y puestos los ojos en su grandeza, corramos encendidas en su amor"<sup>185</sup>.

La referencia a Cristo avala su palabra sobre la dimensión teologal del amor y hace que descansa sobre roca firme y cure la posible tentación de angelismos inconsistentes o de abstracción fría. La palabra de Teresa sobre el amor es al mismo tiempo una palabra profunda sobre Jesucristo, norma de vida; y su palabra sobre Cristo es un luminoso descubrimiento del amor que debemos a todos: "es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor como han de ir, por sólo servir a su Cristo crucificado"<sup>186</sup>. Es auténtica Cristología y teología del amor.

Nos situamos ante la primera palabra teresiana sobre el amor: el amor es teologal. Por eso, el amor es el centro del cristianismo; la vida cristiana se resuelve en y desde el amor, en un amor que es encuentro y gratuidad. Solamente desde esta óptica puede entenderse la frase lapidaria de la santa: "Sólo amor es el que da valor a todas las cosas"<sup>187</sup>.

Tengamos presente que Teresa no está hablando del amor desde la teoría o el concepto. Ella ha descubierto el amor de Dios en su propia experiencia y desde ahí habla y reflexiona. Es insistente y tajante al hablar a sus mojas sobre este amor de Dios y es el que recomienda que tengan todas ellas: "Esta manera de amar [como nos amó el buen Jesús] es la que yo querría tuviésemos nosotras"<sup>188</sup>.

En *Comino de perfección* la santa hace una bellísima presentación de lo que ella entiende que es el amor espiritual, anota:

Paréceme ahora a mí que cuando una persona ha llegádola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo, y que hay otro mundo, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que lo uno es eterno y lo otro soñado, o qué cosa es amar al Creador o a la criatura (esto visto por experiencia, que es otro negocio que sólo pensarlo y crearlo), o ver y probar qué se gana con lo uno y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador y qué cosa es criatura, y otras muchas cosas que el Señor enseña a quien se quiere dar a ser enseñado de Él en la oración o a quien Su Majestad quiere, que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí<sup>189</sup>.

<sup>185</sup> 5M 4, 10.

<sup>186</sup> 4M 2, 9.

<sup>187</sup> E 5.

<sup>188</sup> C 7, 5.

<sup>189</sup> C 6, 3.

El amor tiene una base cognoscitiva; es fruto de un conocimiento claro, teologal y, más experimental, de la realidad. Siempre el ver precede al amar; al amor lo alimenta y califica la visión. La experiencia del místico nos hace ver que para que el amor sea constructor de la persona, tiene que estar urgido por una opción por Dios que provoque acercamiento a las personas, las cosas y el mundo.

Volvamos una vez más sobre el texto inequívoco de las quintas Moradas: “*Según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo*”<sup>190</sup>.

Estas palabras las escribe la santa como conclusión de un apretado razonamiento a favor de la importancia del amor al prójimo del que dice Teresa que nos interesa mucho saber cómo andamos en él porque “*si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho*”<sup>191</sup>. Es la señal de que tenemos el amor de Dios.

Podemos decir, entonces, que donde hay amor al prójimo está operando Dios, existe el amor de Dios; porque no puede proceder de nosotros -“según es malo nuestro natural”-. El amor de Dios es la raíz del amor del prójimo y lo engendra. Amar por Dios es amar por lo más íntimamente nuestro; Dios es la presencia viva que opera en las profundidades últimas de nuestro ser y es, a la vez, el “bien” mejor del prójimo.

Teresa nos señala a Dios como el motivo del amor al hombre, como quien hace posible siempre el amor entre nosotros y al mismo tiempo como quien lo explica: “*Porque desean durar en amarla, y saben muy bien que si no tiene bienes y ama mucho a Dios, que es imposible, aunque más la obligue y se muera queriéndola y la haga todas las buenas obras que pueda, y tenga todas las gracias de naturaleza juntas*”<sup>192</sup>.

El texto nos resulta supremamente claro: es impensable e imposible un amor auténtico, duradero, cuando Dios no está por medio. El amor de criatura que no tiene su origen en Dios y a Dios no conduce “*no merece el nombre de amor, porque se funda en nada*”<sup>193</sup>. No hay fundamento y falta realidad allí donde no está Dios.

Desde las alturas de un conocimiento experimental de la verdad de todo, a la luz de la fe, esas “almas generosas, almas reales”-como gusta llamarlas Teresa-, “no se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos...”<sup>194</sup>. Añadirá: “aunque sea

<sup>190</sup> 5M 3, 9.

<sup>191</sup> *Ibid.*

<sup>192</sup> C 6, 8.

<sup>193</sup> C 40, 7.

<sup>194</sup> C 6, 4.

Exigencia moral del amor. Una lectura ética de "las moradas del castillo interior" de Santa Teresa de Jesús

buena la voluntad, luego nos es muy natural querer ser pagada. Venido a cobrar esta paga, es en pajas, que todo es aire y sin tomo, que se lo lleva el viento"<sup>195</sup>.

De otra parte, esta el amor a los amigos de Dios -y porque son amigos de Dios- crece. Este amor directamente se busca y aconseja a todos, saliendo al paso de angelismos con los que nunca estuvo de acuerdo Teresa: *Pues cobramos amor a quien nos hace algunos bienes al cuerpo, quien siempre procura y trabaja de hacerlos al alma, ¿por qué no lo hemos de querer?*<sup>196</sup>. *Quererlos y ser queridos por ellos. Más que una recomendación, es un grito que le sale de las entrañas: ¡Oh Señor mío!, ¿no me haríais merced que hubiese muchos que así me amasen?... Querred cuanto quisierais a los tales*<sup>197</sup>.

Teresa es conocedora de los miedos de unos y de los angelismos de otros y, ni lo uno ni lo otro tiene asidero frente a su experiencia: *"Pocos debe de haber, mas no deja el Señor de querer se entienda cuando alguno hay que llegue a la perfección. Luego os dirán que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos; siempre se saca más ganancia, yo lo sé por experiencia; que después del Señor, si no estoy en el infierno es por personas semejantes..."*<sup>198</sup>.

En este sentido hay que recordar la insistencia y apremio con que Teresa defiende la conveniencia, y aun la necesidad, de hacer amistad con quienes tratan de oración. *"Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que tratan de lo mismo"*<sup>199</sup>. En toda esta experiencia de la amistad con amigos de Dios aflora el convencimiento teresiano: Dios es el centro del amor al hombre, el factor determinante, el ambiente que lo envuelve y protege, principio y objetivo que lo anima.

No hay más amor para amar que aquel por el cual somos amados por Dios. Tampoco puede darse con distinta finalidad de la que el Padre persigue al brindarnos el amor mismo que envuelve su vida trinitaria hacia adentro. Esta dimensión teologal del amor al prójimo se resalta también en la finalidad que persigue: se trata de que el amor que se dispensa al prójimo persigue un relanzamiento constante de la persona amada a Dios; busca su enriquecimiento espiritual: *"Todo lo que desea y quiere es ver rica aquella alma de bienes del cielo"*<sup>200</sup>. En la amistad buena se busca únicamente *"hacer esta alma [del amigo] ame a Dios"*<sup>201</sup>.

<sup>195</sup> *Ibid.*, 7. Teresa confiesa que era muy amiga de que la quisieran. Cuando descubrió la verdad se curó para siempre de esta ceguera y esclavitud y encontró al Amigo verdadero y desde él empezó a gustar el amor auténtico a las criaturas. (Cf. R 3, 1-2).

<sup>196</sup> CE 7, 2.

<sup>197</sup> CE 11, 4.

<sup>198</sup> *Ibid.*

<sup>199</sup> V 7, 20.

<sup>200</sup> C 7, 1.

<sup>201</sup> C 6, 5.

Tocamos así los grandes rasgos del amor: el amor es redentor; es decir, introduce dinamismos irresistibles de conversión y vida en la persona amada: *“los que comienzan a ser siervos del amor, que no me parece otra cosa determinarnos a seguir por este camino de oración al que tanto nos amó...”*<sup>202</sup>. El amor que se nos da es la fuerza mayor capaz de sacar nuestra vida de la cobardía y pusilanimidad en la que tantas veces vivimos: *“¡Y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad!”*<sup>203</sup>. El que se sabe amado se siente irresistiblemente llamado a la vida.

La ausencia o insuficiente presencia del amor, será la clave explicativa de la riqueza o pobreza de la vida de todo hombre: *“A quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por Él; al que amare poco, poco...”*<sup>204</sup>. Por aquí se ve claro cómo con el amor vivido nos jugamos la real existencia evangélica:

iOh Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare no os ama, Señor mío, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán<sup>205</sup>.

El amor cristiano se autenticó en la cruz. La vida nace de la muerte. El amor verdadero es entrega hasta la sangre, es decir, hasta el final. La cruz es entendible únicamente desde la experiencia del amor o, mejor dicho, todo amor verdadero tiene que ser un amor crucificado: *“Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras?”*<sup>206</sup>.

Este amor es un amor doloroso porque teologal, es decir, duele el amor, no sólo porque somete al hombre que ama a una actividad redentora del amigo, *“qué de lágrimas cuesta, qué de penitencias y oración... un no traer contento si no le ve aprovechar...”*<sup>207</sup>; sino también porque el amor le hace ver y padecer todas sus deficiencias. El amor abre los ojos, desvela la auténtica realidad de la persona amada; desde luego, la visión es teologal, es decir, en relación con Dios. Escribe Teresa que el amor es penetración en

<sup>202</sup> V 11, 1.

<sup>203</sup> F 2, 7.

<sup>204</sup> C 32, 7.

<sup>205</sup> E 2, 2.

<sup>206</sup> 7M 4, 8.

<sup>207</sup> C 7, 1.

Exigencia moral del amor. Una lectura ética de "las moradas del castillo interior" de Santa Teresa de Jesús

el interior del amigo, el amor es visión: *Que no hay quien tan bien se conozca a sí como nos conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos*<sup>208</sup>. *Esta es la raíz del dolor del amor: Con andar descuidados de todo el mundo y no trayendo cuenta sirven a Dios o no, porque sólo consigo mismo la tienen; con sus amigos no hay poder hacer esto ni se les encubre cosa; las motitas ven. Digo que traen bien pesada cruz*<sup>209</sup>.

La opción por Dios que marca la vida de Teresa es la que determina su comportamiento amistoso, por esto mismo, su único interés es ver crecer al amigo en su dimensión divina y así escribe: *"Es el mal que mientras más amo, menos puedo sufrir alguna falta"*<sup>210</sup>. También recogió este pensamiento en Camino: *"No les sufre el corazón tratar con ellos [los amigos] doblez, porque si les ven torcer, luego se lo dicen, o algunas faltas; no pueden consigo acabar otra cosa"*<sup>211</sup>.

Otra nota característica del verdadero amor es la limpieza de egoísmo, amor desinteresado, liberador de uno mismo: *"Amor sin mucho ni poco de interés propio"*<sup>212</sup>, *"Perdería mil vidas por un pequeño bien suyo"*<sup>213</sup>, *"Todo lo que desea y quiere es ver rica aquella alma de bienes del cielo"*<sup>214</sup>.

A punto de cerrar su magistral exposición sobre el amor puro espiritual, escribe Teresa refiriéndose a la postura de las almas perfectas frente a las pruebas de cualquier tipo que visitan al amigo:

Aunque con la flaqueza natural se sienta algo de presto, luego la razón mira si es bien para aquel alma, si se enriquece más en virtud y cómo lo lleva, el rogar a Dios le dé paciencia y merezca en los trabajos. Si ve que la tiene, ninguna pena siente, antes se alegra y consuela; bien que lo pasaría de mejor gana que vérselo pasar, si el mérito y ganancia que hay en padecer pudiese todo dársele<sup>215</sup>. "Por qué no abrazar todos los trabajos, y que los otros, sin trabajar, se aprovechen de ellos"<sup>216</sup>.

En este mismo sentido escribía a su hermana Juana haciéndose cargo de su dolor y manifestándole los pensamientos y deseos que la embargaban al respecto: *Nunca*

<sup>208</sup> V 16, 7.

<sup>209</sup> C 7, 4.

<sup>210</sup> Cta. 300 a María de San José, 21 de diciembre de 1579, 4.

<sup>211</sup> C 7, 4; Cf. V 20, 25.

<sup>212</sup> C 7, 1.

<sup>213</sup> C 6, 9.

<sup>214</sup> C 7, 1.

<sup>215</sup> C 7, 3.

<sup>216</sup> *Ibid.*, 4.

*tan presente tuve a su merced y a esa casa para encomendarles a nuestro Señor, y aun para darme pena sus trabajos. Sea Él bendito, que no vino al mundo a otra cosa sino a padecer; y como entiendo que quien más le imitare en esto guardando sus mandamientos, más gloria tendrá, esme harto consuelo; aunque me le diera más pasarlos yo y que vuestra merced tuviera el premio*<sup>217</sup>.

En esta pureza y desinterés del amor es donde sitúa Teresa su fuerza redentora, el provecho que causan a sus prójimos las personas que aman de este modo. Sirva el siguiente texto como clara prueba: *Cuando “en lo activo, que parece exterior, obra lo interior, y cuando las obras activas salen de esta raíz, son admirables y olorosas; porque proceden de este árbol de amor de Dios y por sólo Él, sin ningún interés propio”*<sup>218</sup>.

La conclusión a que llega Teresa es la siguiente: *“Esta manera de amar es la que yo querría viviésemos nosotros”*<sup>219</sup>. Aunque reconoce que “le tienen pocos”, no es una meta imposible. Se impone una conclusión a raíz de todo lo dicho por Teresa: Dios es el punto en el que se encuentra el hombre con el hombre, el alma y la sustancia del amor fraterno. Y lo que hace de ésta una auténtica fuerza personalizante. Dios es lo que se ofrece y lo que se recibe, lo que se comparte en todo amor digno de este nombre. Si apuramos el pensamiento tenemos que decir que esto es así porque el amor es Dios que nosotros recibimos y que hacemos llegar a nuestros hermanos “vaciado” en nuestra humanidad y “traducido” en nuestra naturaleza: *“Por esta manera... se nos da a entender cómo es Dios y poderoso, y que todo lo puede y que todo lo manda y todo lo gobierna y todo lo hinche su amor”*<sup>220</sup>; *“es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de Sí”*<sup>221</sup>.

## 2.2. Traducción humana del amor divino

El hecho de que el Dios cristiano se revele en el Cristo humano le concede una dimensión inevitablemente humana a la expresión del amor divino. Santa Teresa nos ofrece una explicación de la experiencia mística en cuanto ardiente anhelo del bien y de la redención del mal, una sed abrasadora de que el amor penetre en el propio ser y lo transforme. Este amor divino vivido en la experiencia cotidiana de las relaciones fraternas es lo que hace posible, al fin y al cabo, la total identificación del hombre con Dios.

<sup>217</sup> Cta. 345 a doña Juana de Ahumada, 13 de enero de 1581, l.

<sup>218</sup> *Conceptos del amor de Dios*, 7, 3. (En adelante CAD).

<sup>219</sup> C 7, 6-9.

<sup>220</sup> V 28, 9.

<sup>221</sup> 7M 2, 7.

La unión entre Dios y el alma lo es de amor, y el principio universal que rige al amor es que crea una semejanza o similitud entre las dos personas que aman: cuanto más perfecto sea el amor, más perfecta será la semejanza. Esta significa la conformidad de voluntades dentro de una benevolencia mutua, dada la imposibilidad de no desearse el bien mayor; y conformidad y semejanza son lo que San Juan de la Cruz denomina "*la transformación del alma en Dios*". *Un hombre se convierte en lo que ama: si ama lo material se convierte en materialista, si la lujuria en lujurioso, si la sabiduría en filósofo, si el espíritu en espiritual, si ama a Dios "se convierte en Dios"*<sup>222</sup>.

Decir que Dios motiva el amor interpersonal no es excluir del horizonte del amor las realidades humanas que también las alimentan y arropan. El amor de Dios no es excluyente sino integrante; señala el punto en el que cobran consistencia, del que parten y al que confluyen, que da unidad a las múltiples y diferenciadas líneas radiales del amor. Estas realidades humanas tienen entidad propia y como tal se manifiestan. Teresa escapa a todo angelismo desencarnado para hablarnos de ese divino humanismo del que están revestidas todas sus relaciones amistosas. El amor le alcanza todo el ser; toda ella ama y así lo manifiesta.

Para Teresa las personas no son sólo lo que tienen de Dios en su vida: "virtudes", "bienes del cielo", "que ame mucho a Dios", etc. Son también un manojito de cualidades humanas, de gracias de naturaleza, más o menos crecidas, que suscitan con más facilidad y con más fuerza el dinamismo del amor.

Al hablar del amor, mantenemos el calificativo "divino" porque todo amor es de Dios, nos viene dado por Él, aunque lo vivamos inconscientemente o hasta se niegue y combata abiertamente. Al recibir ese amor nosotros lo traducimos, lo expresamos humanamente en gestos, palabras, hechos, dándole de este modo una dimensión de visibilidad que remite a su origen y que demuestra que el amor alcanza al hombre en su totalidad, que es este hombre el sujeto y el objeto del amor.

En Teresa de Jesús, la vida de unión con Dios, Amigo verdadero -señal del desposorio con Él- ha trasladado definitivamente el centro de gravedad de su vida espiritual, y por tanto el de su vida afectiva, hacia la experiencia de la amistad con Dios. La oración como trato de amistad con quien sabe que la ama, la ha llevado a activar sus más profundas fuerzas anímicas y la ha hecho volver a su base vital después de haber pasado, como por un "mar tempestuoso" durante casi veinte años<sup>223</sup>. Su contacto con Dios como Amigo verdadero, determina ahora, su trato con sus semejantes, su amor y también sus preferencias. Su afectividad, su amistad, tienen una raíz mística, pero no por eso deja de ser humana, su amor está impregnado de divino-humanidad.

<sup>222</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ. *Subida del Monte Carmelo*, Libro primero 2, 4 y Libro segundo 5, 3.

<sup>223</sup> V 8, 2.

Vamos a rastrear la traducción de este amor divino en la vida cotidiana de Teresa de Jesús para ratificar, una vez más, que es el amor vivido y expresado el que da sentido a la existencia humana porque procediendo de Aquél que es origen, meta y fin de todo buen obrar conduce a la realización plena del ser humano liberándolo de cualquier tipo de egoísmo.

Saberse amada por Dios es la fuerza de Teresa de Jesús, es la que la conduce a la realización de este mismo amor en obras concretas con el prójimo y que no la deja desfallecer en tal propósito: *“Mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme”*<sup>224</sup>. Es la misma fuerza que reconoce en sus hijas: *“Pues se encierran para siempre en casa sin renta como quien no estima la vida por el que sabe que las ama”*<sup>225</sup>.

Teresa vive el misterio del “Cristo total”. Su amor es universal, y no tiene fronteras; abarca a santos y pecadores, y también se extiende –en sentido ecuménico- a judíos, moros, luteranos y paganos<sup>226</sup>. Ella enseña a sus monjas que este amor incondicional que comprende a todos los seres humanos debe ser la fuente y el móvil que inspire su vida de encerramiento, de sacrificio y de oración.

En este contexto parece importante advertir que la experiencia sensitiva de unión, tal como la describe Teresa de Jesús, forma parte de un proceso unitivo con la Humanidad de Cristo a todos los niveles, también a nivel de desolación y de pasión. Teresa desea compartir los sufrimientos y las alegrías de Cristo y arrastra a sus hijas en el mismo sentido:

O somos esposas de tan gran Rey o no; si lo somos, ¿qué mujer honrada hay que no participe de las deshonoras que a su esposo se hacen? Aunque no lo quiera por su voluntad, en fin, de honra o deshonor participan entrambos. Pues querer tener parte en el reino de nuestro Esposo Jesucristo y gozarle y no querer sufrir algunas de sus deshonoras y trabajos, es disparate<sup>227</sup>. Ansí como dicen que ha de hacer la mujer bien casada con su marido, que si está triste se ha de mostrar ella triste, y si está alegre –aunque nunca lo esté-, alegre..., esto con verdad sin fingimiento hace el Señor con nosotras, que Él se hace el sujeto y quiere que seáis vos la señora y andar Él a vuestra voluntad. Si estáis alegres, miradle resucitado... Si estáis con trabajos o tristes, miradle camino del huerto... ¡Oh, Señor del mundo, verdadero Esposo mío! le podéis vos decir<sup>228</sup>.

<sup>224</sup> V 9, 7.

<sup>225</sup> V 39, 10.

<sup>226</sup> 5M 2, 10; V 32, 6.

<sup>227</sup> C 13, 2.

<sup>228</sup> *Ibid.*, 26, 4.

En los textos anteriores comprobamos, una vez más, cómo Teresa de Jesús concibe la vida cristiana en términos de identificación plena con Cristo Jesús; de tal manera que, las mismas actitudes de Cristo se actualizan en la vida comprometida del bautizado, en la vida de la esposa [alma] del Crucificado. El amor exige una inmersión en el mundo del prójimo. El acercamiento en el movimiento de la amistad lo dicta el otro, el otro que me aparece como una "presencia" viva del Crucificado.

Por eso el interés y preocupación de Teresa por las personas salen del marco de la mera curiosidad para inscribirse en el marco de la verdad vitalmente percibida y expresada. Con tanta verdad y con tanta fuerza que la relación verbal o escrita, de presencia o ausencia, produce en Teresa como un corte de todo, es decir, se deja afectar por la situación concreta que vive cada uno de sus amigos. Todo lo del amigo cobra en ella palpación vital, conmoción profunda, tanta que parece arrastrarla como torrente por el cauce del "natural" fuera del dominio del espíritu: *Yo querría estar un poco dormida para no me ver tan imperfecta en sentir con pena las penas de vuestra señoría*<sup>229</sup>; *Siento su mal muy tiernamente*<sup>230</sup>. *Se preocupa por la salud de sus amigos*<sup>231</sup>, *porque de alguna manera padece su enfermedad y goza su bienestar. A María de Mendoza, que le escribe pidiéndole que la encomiende, responderá Teresa: No hay menester mandármelo cuando hay tan buen despertador como el amor*<sup>232</sup>.

Como el amor es grande en Teresa, no comprende muy bien que la lentitud que manifiestan algunos de sus amigos pueda compaginarse con el amor, puesto que quienes de veras aman, siempre están dispuestos y prontos para acudir a la llamada de sus amigos: "El amor adonde está no puede dormir tanto"<sup>233</sup>. Teresa es una mujer de deseos infinitos que no tiene sólo como objetivo a Dios, sino también al hombre cuya presencia se busca y se persigue como dinámica interna del amor al que activamente se abandona. Para Teresa las cartas son un remedio y una manera de hacerse presente al amigo; una multiplicación de sí misma que le permite estar con unos y con otros en conversación viva y profundamente personal. Se ofrece en ellas y en ellas busca y goza la presencia del amigo.

Teresa comprende que el amor no sufre distancias ya que si la voluntad está siempre dispuesta a amar, siempre tendrá tiempo para coger al mensajero en marcha<sup>234</sup>. Y cuando el tiempo no le da para más, tendrá necesidad de confesar que "a cada una

<sup>229</sup> Cta. 34 a D<sup>a</sup> Luisa de la Cerda, 7 de noviembre de 1571, 6.

<sup>230</sup> Cta. 168 a María de San José, 3 de enero de 1577, 3.

<sup>231</sup> Cta. 288 a D. Teutonio de Braganza, 22 de julio de 1579, 3.

<sup>232</sup> Cta. 31. Mediados de junio de 1571, 6.

<sup>233</sup> Cta. 294 al P. Gracián, 20 de octubre de 1579, 1.

<sup>234</sup> Cta. 10 a D<sup>a</sup> Luisa de la Cerda, 23 de junio de 1568, 1: "Es tanta la prisa del mensajero, que aun esto no se cómo lo digo sino que la voluntad me ha hecho tener tiempo".

[de la comunidad] querría escribir por sí, según las amo”<sup>235</sup>. Pero las cartas no son verdaderamente la presencia hacia la que tiende Teresa con todo su ser. Por eso, levantan siempre en ella el apetito de la presencia que no son y que no pueden ofrecer.

Otra manifestación del amor teresiano es el dolor. La gozosa intimidad de la amistad disfrutada se cobra su factura con el desgarró. Cuando Teresa tiene que arrancarse del lado de los amigos es como si entregara la vida, como si se le quedara allí clavada mientras inicia el camino de la soledad por instancias del amor mismo: “*Ni sé cómo me voy tan lejos de quien tanto quiero y debo*”, *comunica a doña Luisa de la Cerda*<sup>236</sup>.

Sin embargo, Teresa vivió a saltos de despedida; fue, sin duda, la prueba más grande de su vocación de fundadora. Un texto del libro de las Fundaciones nos introduce en esta faceta del amor humano de la Madre con relación a sus hijas. En el texto se acumulan detalles que le confieren belleza y densidad:

Y en dejar las hijas y hermanas mías, cuando me iba de una parte a otra, yo os digo que, como yo las amo tanto, que no ha sido la más pequeña cruz, en especial cuando pensaba que no las había de tornar a ver y veía su gran sentimiento y lágrimas. Que aunque están de otras cosas desasidas, ésta no se lo ha dado Dios, por ventura para que me fuese a mí más tormento, que tampoco lo estoy de ellas, aunque me esforzaba todo lo que podía para no se lo mostrar y las reñía<sup>237</sup>.

La intensidad de la pena es la otra cara de la intensidad del amor. Teresa supo tanto de penas cuanto supo de amor; y de amor adivinamos que abarcó, en un mismo abrazo todas las dimensiones. De alguna manera no es aventurado afirmar que la madre Teresa vivió siempre entre el amor y el desgarró que causa el mismo amor. Dio demasiado, y en la misma medida exigió a sus amigos. Andando el tiempo, llegó a comprender que el verdadero Amigo es Dios, sólo Él: “*El verdadero amigo de quien hemos de hacer cuenta es de Dios, y procurando hacer siempre su voluntad no hay que temer*”<sup>238</sup>.

### C. BALANCE

Al concluir este breve estudio, podemos preguntarnos cuál es el puesto del amor respecto de la multiplicidad de actos de la vida moral. Atraídos por la doctrina y la experiencia de Teresa de Jesús, hemos querido ahondar en este tema. Tiene este

<sup>235</sup> Cta. 171, a María de San José, 9 de enero de 1577, 15.

<sup>236</sup> Cta. 8, 27 de mayo de 1568, 29.

<sup>237</sup> F 27, 18.

<sup>238</sup> Cta. 191 al P. Ambrosio Mariano, 9 de mayo de 1577, 7.

análisis un sentido de adentramiento en uno mismo. Este correr activo hacia el espíritu y hacia su interioridad da pleno sentido a todos los problemas que plantea la ambigüedad de nuestra naturaleza y a toda esa serie de realidades contrapuestas con las que tan a menudo nos hemos encontrado.

En esta marcha hacia el interior hemos podido reconocer un amor de Dios que se halla en el origen de nuestro ser y en nuestro medio dinámico. Marcha que no es posible -como lo afirma la mística doctora- más que en Cristo, del cual no somos adecuadamente distintos, y del que sin duda alguna no nos hallamos separados. Nuestra vida moral es una continuación distinta, actual, del gesto recapitulativo de Cristo sobre la Cruz. Es por consiguiente un acto de amor que se manifiesta en una multiplicidad temporal y espacial. Como encarnado que es, este acto interior de amor se traduce y desarrolla en obras concretas de amor hacia el prójimo, en una diversidad de virtudes. El amor aparece por consiguiente, no como una virtud más, sino como su interioridad, como su "alma", como su "sentido" espiritual. Debe serlo si es en realidad la presencia creada, en nosotros, del Espíritu divino.

Y, por su parte, la vida moral se nos muestra como el cuerpo del amor divino, como la aparición y manifestación en gestos humanos, como el "misterio" de una vida inspirada por el Espíritu Santo. Lo cual no quiere decir en manera alguna que los actos morales pierden su especificidad de actos humanos morales, sino tan sólo que el acto moral es la manifestación específica del amor en la zona encarnada de nuestro ser.

Tal postura tiene consecuencias pastorales y espirituales que pueden ser sumamente exigentes. La doctrina moral aparece de esta forma íntimamente relacionada con el dogma cristiano y con el plan de Dios que es único. Bajo una forma humilde sí, pero que nos habla elocuentemente, nos encontramos con el amor trinitario, del cual Teresa es testigo cualificado, y con la naturaleza íntima de Dios trabajando afanosamente en la actividad humana; nuestra vida tiene entonces el sentido de un adentrarnos progresivamente en Dios siguiendo a Jesucristo en su "Sacratísima Humanidad" -según la fina expresión de santa Teresa-, que entrega al Padre todo el universo hasta los últimos confines, que los santifica con sus sacramentos, y prepara ese reino eterno en el que jamás morirá el amor.

A lo largo de estas páginas hemos fijado nuestra mirada principalmente en el polo interior de nuestro ser para darnos cuenta del sentido de nuestra vida moral y de su punto de llegada; pero hemos podido observar también cómo Teresa de Jesús nos muestra de qué manera el ejercicio del amor divino y humano ilumina y da vida hasta a la zona más interior de nuestro ser. Hablando del apostolado recordamos cuan necesario es tomar como punto de partida la interioridad del amor o un amor interiorizado y expresado en obras de caridad.

No parece, pues, que se pueda decir que una moral del amor corra el peligro de faltar a la realidad, ya que profundiza en lo real y le da su verdadero sentido. Siempre,

sin embargo, a condición de que se la tome en toda su amplitud, es decir que no se haga de ella una moral o una espiritualidad desencarnada, una especie de teoría del amor puro, accesible tan sólo a los "perfectos". La experiencia de Teresa de Jesús, que hemos tratado de mostrar en todo su valor, impide caer en este error tan fácil.

Preciso sería que al acabar estas páginas no se tenga en manera alguna la impresión de que han podido quitar ellas importancia a la moral sino que, por el contrario, le siguen dando fundamento sólido. A todos nos gusta más un rostro, cuando leemos en él un alma en la que hemos penetrado más profundamente. No era otro nuestro deseo sino llamar la atención, mejor aún, dejarnos interpelar por Teresa de Jesús, sobre esta "presencia del alma" en el cuerpo de la moral, e impedir que nuestra mirada se detuviera en la superficie, en la enumeración impersonal de preceptos y prohibiciones.

El amor que podemos adivinar detrás de cada ley y de cada obligación, es el atractivo divinamente revelado, capaz de suscitar los mayores esfuerzos y sacrificios, de inspirar el valor necesario para vivir volcado sobre el otro.

En este breve estudio percibimos la importancia de una moral general concebida como una síntesis de la convicción central del cristianismo, como una verdadera mística del cristiano. No quiere ser más que un comentario, en el espíritu de la Iglesia, al que somete su esfuerzo, de esta ley que es la primera y a fin de cuentas la única válida para todo bautizado: la ley del amor.